

«FRAGMENTOS DE FILOSOFÍA», NÚM. 8, 2010, *Suplemento de textos*. ISSN: 1132-3329

GIROLAMO CARDANO

GUILLERMO.  
DIÁLOGO SOBRE LA MUERTE

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE JOSÉ MANUEL GARCÍA VALVERDE

NOTA INTRODUCTORIA

En el seno de la editorial italiana Nino Aragno se ha publicado este año una edición bilingüe (latino-italiano) del diálogo de Girolamo Cardano (1501-1576) titulado *Guglielmus sive De morte* (G. CARDANO, *Guglielmo o dialogo sulla morte*, ed. J.M. García Valverde y F.P. Raimondi, Milán, Nino Aragno, 2010). Yo mismo me he encargado de la edición del texto latino, de los aparatos de notas y de la introducción de dicha versión, mientras que Francesco Paolo Raimondi se ha encargado de la traducción al italiano del texto. Naturalmente, a lo largo del proceso el profesor Raimondi y yo hemos colaborado estrechamente en la clarificación de todas las dificultades que la prosa de Cardano suele ofrecer a su interpretación y traducción. Sobre ese trabajo conjunto he ido perfilando yo mismo esta primera traducción al español.

Para una contextualización completa de este diálogo dentro de la extensa producción literario del humanista lombardo remito al estudio introductorio de la edición bilingüe ya mencionada. Baste señalar aquí que se trata de una obra tardía de Cardano, escrita en el 1561, con una fuerte carga autobiográfica: la muerte de un criado, de la cual Cardano se siente culpable por no haberlo atendido debidamente cuando cayó enfermo, abre la puerta a una serie de reflexiones de honda raíz humanística acerca precisamente del significado de la muerte.

He incluido un aparato de notas histórico-filosóficas; también he creído oportuno introducir en el texto la referencia a las páginas de la edición de Nino Aragno. Y finalmente, no quiero terminar esta breve nota sin agradecer a Francesco Paolo Raimondi su inestimable ayuda. También tengo una deuda de gratitud con Francisco Socas Gavilán, que me ha auxiliado en algunos momentos especialmente difíciles del texto original.

DIÁLOGO SOBRE LA MUERTE,  
 CUYO TÍTULO ES  
 GUILLERMO.

ARGUMENTO DEL DIÁLOGO

Al venir de Escocia el año 1552<sup>1</sup> buscaba yo a un muchacho inglés que llevarme a Italia, y ya me encontraba en la última parte de la isla, en Dover, proveniente de la región de Essex: puesto que soplaban vientos adversos, no fue prácticamente hasta el noveno día cuando se pudo desplegar las velas. En la víspera de que partiéramos, tras haberse suscitado una conversación sobre este asunto, el hospedero me mostró a un hijo de nombre [4] Guillermo,<sup>2</sup> de doce años de edad, honrado, bonito y

<sup>1</sup> Este viaje a Escocia (1552-1553), a requerimiento de John Hamilton (1512-1571), Arzobispo de St. Andrews de la capital escocesa, representa uno de los acontecimientos más importantes y a la par más curiosos de la biografía de Cardano. Él mismo en su escrito autobiográfico *De propria vita* (OO I, p. 32b), nos da algunos detalles relevantes del mismo: Hamilton, que contaba entonces con cuarenta y dos años de edad, venía sufriendo agudos ataques de asma que ni el médico del rey de Francia, ni el del emperador Carlos V habían sabido atajar. Movido por la fama de Cardano solicitó su presencia en Escocia enviándole a Milán doscientos escudos a los que se sumaron posteriormente en la escala de Lion trescientos más. Cardano dice que estuvo a su cabecera setenta y cinco días y que su tratamiento resultó en una curación total de su paciente dos años después de que fuera prescrito. Al parecer, ya habiendo regresado a Milán Cardano, el arzobispo intentó infructuosamente volver a traerlo a su lado para convertirlo en su médico personal. Por lo demás, la figura de John Hamilton tuvo una importante relevancia histórica: era hermano de James Hamilton, el regente durante la minoría de edad de María Estuardo. Como arzobispo y primado de Escocia (1546) intentó restablecer la disciplina eclesiástica y frenar los avances del protestantismo en la isla. Cardano llegó a hacerle un horóscopo sin prever el triste final de su ilustre paciente, quien murió en la horca a manos de sus adversarios bajo la acusación de complicidad en el asesinato de Lord Darnley, esposo de la Estuardo. Para una visión más exhaustiva de la presencia de Cardano en Escocia e Inglaterra cfr. G. AQUILECCHIA, *L'esperienza anglo-scozzese di Cardano e l'Inquisizione*, en M. BALDI - G. CANZIANI, *Girolamo Cardano. Le opere, le fonti, la vita*, FrancoAngeli, Milano 1997, pp. 379-392.

<sup>2</sup> Sobre la identidad de este muchacho al que dedica Cardano esta obra poco más sabemos que lo que aparece en estas páginas y concretamente en este Prólogo. En el *De libris propriis* (1562:50; ed. I. Maclean, p. 292) se refiere a él con el nombre de Guglielmus Lataneus: «Como en este año murió Guillermo Lataneo, un muchacho inglés con el que estaba muy encariñado,

complaciente con sus padres. El abuelo paterno, de nombre Gregorio, aún vivía y era ligur; el padre, Lorenzo, era de la noble familia de los Cattanei.

Fueron los hados quienes lo impulsaron hacia mí, pues pese a que era de noble estirpe, sin embargo ni yo me di cuenta, ni aquéllos me advirtieron del hecho de que el muchacho no hablaba ni el italiano vulgar ni el latín. Y es que si yo hubiese considerado esta circunstancia, que fue el comienzo de todos sus males, no me lo hubiera llevado conmigo. En todo caso, a la mañana siguiente, aunque de esto conversamos sólo la tarde anterior, el desgraciado del padre, mientras corría para embarcarlo (y es que la nave se aprestaba a partir muy temprano, por miedo a los piratas), se cayó en la playa de tal manera que apenas pudo levantarse con la ayuda de sus acompañantes. Al oír yo de él este augurio, poco faltó para que renunciara a recibir al muchacho, pero pensando con cuán alegre ánimo el padre me lo había ofrecido, no me atreví a hacerlo. Después de zarpar, me di cuenta de mi error: no le entendía sino por señas, ni yo me hacía entender por él. Apremiaban los hados y, aunque con la fusta le golpeaba desnudo adrede y sin causa, al preguntarle a él lo único que uno de mis criados había aprendido: «Volgo Doura?»<sup>3</sup>, esto es, «Vis ire Douram?»<sup>3</sup>, respondía lo único que sabía: «No», esto es, «Non»; de nuevo le decía mi criado: «Volgo Milan?»<sup>4</sup>, esto es, «Vis ire Mediolanum?»<sup>4</sup>, y él respondía: «Sic». De modo que, no queriendo yo procurarle tan gran aflicción, me lo llevé a Milán. Con frecuencia en el camino por la más leve causa le golpeaba con la fusta enérgicamente para que quisiera |6| regresar, pues tenía conmigo a Gianangelo Anono, quien por propia iniciativa se había ofrecido por amor a mí a acompañarlo de vuelta. Cuando yo estuviera en Milán no podría entender qué es lo que quería él, o qué le había prometido su padre. No obstante, mientras estaba en camino sucedió que una noche, pese a que en otros momentos se había mostrado valiente, nos dio a entender que había visto la cabeza y la cara de un muerto, a lo cual nosotros le quitamos importancia. Sin embargo, cuando estuvimos en Milán, supimos que su padre había muerto, así que no quise mandarlo a la escuela elemental, de lo cual después, cuando

escribí una obra de 12 hojas». Giovanni Aquilecchia (*op. cit.*, p. 386) sostiene que su verdadero nombre era Guglielmus Cattaneus, habida cuenta del ascendiente catanio al que se refiere precisamente aquí Cardano. Su muerte está fechada en 1561, con 21 años de edad, el mismo año de la elaboración del diálogo, que finalmente se publicará al año siguiente junto a varias obras en Basilea: *Somniorum synesiorum omnis generis insomnia explicantes libri IV, per Hieronymum Cardanum mediolanensem medicum ac philosophum. Quibus accedunt, eiusdem haec etiam: De libris proprijs. De curationibus et praedictionibus admirandis. Neronis encomium. Geometriae encomium. De uno. Actio in Thessalicum medicum. De secretis. De gemmis et coloribus. Dialogus de morte. Dialogus de humanis consilijs, tetim inscriptus. Item ad somniorum libros pertinentia: De minimis et propinquis. De summo bono; cum gratia et privil. Caes. Maiest. Basileae, per Henricum Petri, 1562: el De morte ocupa las páginas 144-179.*

<sup>3</sup> «¿Quieres ir a Dover?»

<sup>4</sup> «¿Quieres ir a Milán?»

hubo aprendido la lengua, es decir, al año y medio casi, se quejó. Con todo, lo confié a las clases de música, pues aquel pueblo parecía apto para esa tarea, pero el maestro se preocupó poco, pese a que había recibido por un año diez coronas de oro, y el muchacho estuvo bastante ocioso para aprender.

A partir de ese momento, aunque le compré un librito, tampoco trabajó en él para aprender al menos a leer, y es que era excesivamente aficionado a estar en compañía de los mozos. Y aunque yo fuera negligente para que fuera él instruido por la multitud de tareas de las que me tenía que ocupar, no obstante me consuela el hecho de que fuera evidente que era bastante inepto para todas esas cosas; a pesar de todo, era fiel, obediente, honrado e ingenioso; estaba dotado de una óptima agudeza visual, era paciente en las tareas y nunca quejumbroso. Por estas razones lo quería yo más que por nada, y eso es incluso más costoso, pues me parece que faltaba yo a mi obligación. Pero, entre tanto, sucedieron tantos impedimentos de parte de mis hijos, que no habría podido ni respirar: frecuentemente era uno, luego el otro, como las olas que tambalean los navíos, cuando no eran los dos a la vez. Pasaba, si no estoy equivocado, el sexto año, y me daba vergüenza dejarlo ir tan mal instruido, y sin remuneración alguna por los muchos gastos que entonces me obligaban a hacer mis hijos. Así es que con suaves palabras lo retuve. El caso es que, cuando justo al cumplirse el séptimo año me retiré a Pavía, pensando que le haría bien a él, le propuse ya que aprendiera algún arte –leer y escribir, cantar y tocar un instrumento, cosas todas ellas que fácilmente iba a hacer, pues ya había aprendido a leer un poquito, y también modestamente a cantar–, y en mi casa tendría comida y ropa. Por lo demás, el arte que le propuse era la confección de sandalias, arte que en modo alguno es de poca |8| monta, ni tampoco demasiado humilde. Sin embargo, la fortuna, que se oponía a la salud de aquél y a mis votos, hizo que de inmediato aconteciera aquella desgracia de mi hijo el mayor.<sup>5</sup> A partir de entonces me vi obligado a dedicar todo el año a escribir el *Theonoston*, y el tiempo que quedaba me concentré en el comentario del *Ars medica* de Galeno,<sup>6</sup> y de nuevo me olvidé del asunto de mi pupilo. Tras seis meses, una vez que había escrito la mayor parte del *Theonoston*, y especialmente esa que trata de la cuestión de la inmortalidad de las almas,<sup>7</sup> de nuevo me decidí a retomar lo que me había propuesto, pues ya se había

<sup>5</sup> Esta desgracia, a la que se va a referir en más de una ocasión Cardano a lo largo del diálogo, no es otra que la de la ejecución de su primogénito, Giovanni Battista Cardano (1534-1560), acusado de envenenar a su esposa, Brandonia Seroni: cfr. G. CARDANO, *De utilitate ex adversis capienda*, IV (OO II, pp. 267-268).

<sup>6</sup> Cfr. I. MACLEAN, *A chronology of the composition of Cardano's works*, en G. CARDANO, *De libris propriis. The editions of 1544, 1550, 1557, 1562...*, ed. I. Maclean, FrancoAngeli, Milano 2004, p. 81.

<sup>7</sup> En la forma en que el *Theonoston* ha llegado hasta nosotros (OO, II, p. 299 y ss.) hay dos libros completos dedicados a la inmortalidad del alma, concretamente el tercero, titulado «De animi

cumplido el octavo año desde la partida de Dover. Sin embargo, por ciertas causas que me parecieron entonces bastante graves, pero ahora me parecen más leves (como las que se daban en el caso de mi joven pupilo, más bien adolescente, fiel y amante de mi persona, quien por el amor que me tenía se había preocupado poco de su padre, de su abuelo y de sus tres hermanos), le propuse colocarlo fuera de mi casa. Así pues, le dije: «Guillermo, ya estás en el umbral de la juventud y no has aprendido nada; pero, como muestra de lo que te quiero, yo me voy a ir a Pavía, como sabes; si te parece bien, te colocaré en la casa de un artesano; le pagaré a él tu alimentación y te vestiré; cuando hayas aprendido el arte, o bien regresarás rico a tu casa, o te procuraré tanto dinero que ejerciendo en simultáneo el comercio y el arte podrías vivir con desahogo». Le pareció bien lo que le había ofrecido. Por otro lado, añadí: «Mientras tanto, en los días festivos aprenderás a leer y escribir». | 10 | Estuvo de acuerdo. «Pero, ¿qué arte te agrada?». Entonces erré al ofrecerle a un mozalbete un arte muy arduo: «¿Acaso la confección de trajes?». Hizo un gesto de aprobación, y eso era para él de más agrado por la razón de que ya había hablado frecuentemente con mi sastre, M. Antonino Daldo. Pese a ello, yo le propuse como maestro a éste mismo, lo que tuvo como consecuencia que, al ser él ya conocedor del asunto, de inmediato conviniera, en cuanto al precio, que yo le pagara treinta y dos coronas después de seis meses. Y he aquí el segundo error, pues yo habría debido pagarle por cada año (pues nos habíamos puesto de acuerdo por tres años) sólo la tercera parte de ese dinero. Y también hubo un tercer error, pues debí colocarlo en Pavía, donde solía yo habitar, y no en Milán. El cuarto error fue que debí retener en casa a un pupilo no tan fiel, habiendo menospreciado yo los errores de la adolescencia (puesto que no se trataba de un peligro vital, ni estaba en riesgo mi honor, ni mi fortuna o mis allegados), confiado a mí por parte de un padre tan fácil, o bien no debía haberlo dejado irse sino a su propia casa.

Pasaron los seis meses. Ese taimado individuo se deshacía en elogios hacia el óptimo muchacho; yo, pensando que aquello era de verdad, y sin sospechar nada de un fraude, enjuiciando otros aspectos por mí mismo, y por mi familia y mis amigos, le hago entrega de las treinta y dos coronas. Aquél durante el verano, pues tenía una pequeña propiedad rural, lleva al adolescente a las fiestas; y poco a poco lo va haciendo, en vez de sastre, vigilante de las viñas. Además, al mismo tiempo, si era

immortalitate», y el quinto, titulado «De immortalitate animorum». Dejando a un lado la difícil cuestión de la trayectoria editorial de esta obra (cfr. I. MACLEAN, *op. cit.*, pp. 95-96), es indudable que las referencias que se van a hacer en este diálogo a ella se remiten al mencionado tercer libro, en el que Cardano desgrana su particular teoría de la reencarnación: cfr. JOSÉ M. GARCÍA VALVERDE, *Estudio Preliminar* («Del *De immortalitate animorum* a los libros III y V del *Theonoston*: la evolución del pensamiento de Cardano sobre la inmortalidad del alma»), en G. CARDANO, *De immortalitate animorum*, ed. J.M. García Valverde, FrancoAngeli, Milano 2006, pp. 79-105.

necesario, volvía el mismo día (pues el lugar distaba de la ciudad poco más de dos mil pasos) y pasaban la noche cosiendo. Por otro lado, bailaba junto a los labriegos, ardiendo de amor por una muchacha. Así que, mientras estaba yo en Milán, empezó a tener fiebre. Vino a mí; yo desatendí el asunto por muchas causas: ya sea porque él se quejaba poco, ya sea porque yo ignoraba que la causa de la enfermedad era la sobreadundancia de esfuerzos y las insolaciones, ya sea porque estando conmigo, cuando había padecido dos o tres veces una fiebre similar, al cuarto o quinto día se había aliviado, ya sea finalmente porque mi hijo y el muchacho emprendieron por sorpresa la huida. ¿Qué más? Aunque mandé que lo sangraran, a los cuatro días vienen de noche pidiéndome que accediera a examinarlo, pues a su juicio poca vida le quedaba. | 12 | Una convulsión se había apoderado de él y había perdido el sentido. Yo, sin embargo, me batí con la enfermedad, y se mejoró, pero tuve que volver a Pavía para cumplir con mis obligaciones. Ahora bien, cuando ya se había levantado de la cama, celebró unas ciertas bodas su señor, y le obligaron a dormir en la bodega, en donde por el frío y la mala dieta alimenticia, cuando el desgraciado por la tarde se dispuso a volver a Pavía, volvió a recaer en la enfermedad. Allí aquel impío señor suyo mandó que lo trasladaran al Xenodoquio.<sup>8</sup> A partir de ese momento, presa bien sea de la gravedad de la enfermedad, bien sea de la angustia, bien sea del frío nocturno, a la mañana siguiente murió. Por esta desgracia me he visto tan afectado que podrías decir que se me ha muerto el otro hijo mío.

De modo que, como no encontraba alivio alguno para este dolor, sino que permanecía despierto, le daba vueltas a la cabeza y nunca me libraba de esa cuita, he acudido a un sólido remedio con el fin de luchar junto a la razón en contra del sentido, y hacer eterna la memoria de su nombre, como quiera que muchos jóvenes y ricos por la esperanza de una fama mucho menor arrojaron una muerte voluntaria y cruel. Así pues, aquí comienzo.

PERSONAS DEL DIÁLOGO.  
GIROLAMO CARDANO. GIANPIETRO ALBUZZI<sup>9</sup>.

ALBUZZI. Bien que me sorprende, amigo mío, de este dolor tuyo, siendo tú el que sueles consolar a los otros, y con tan poca cosa sucumbes. Acuérdate de todo lo

<sup>8</sup> Hospicio de Milán.

<sup>9</sup> Giovanni Pietro Albuzzi (1508-1583), médico y filósofo, enseñó lógica en Pavía y logró un cierto prestigio por sus éxitos terapéuticos tanto en Italia como en Alemania. Cardano siempre lo tuvo entre sus amigos, de lo que da fe la inclusión de su nombre en el capítulo que específicamente dedica en el *De propria vita* a detallar la identidad de los que fueron sus amigos y protectores: cfr. G. CARDANO, *De propria vita*, 15 (OO I, p. 13a). De él dice también un poco más adelante que en Gallarate (Lombardía) adquirió como consecuencia de su ejercicio la pobre renta de 20 escudos (ivi, 33, p. 26a).

que escribiste en el *De consolatione*,<sup>10</sup> de con cuánta fortaleza soportaste la desgracia de tu hijo, ciertamente penosa, y tantos infortunios aún mayores con prudente ánimo. En esta ocasión lamentas tan deshonrosamente la desgracia de un criado extraño que te expones a tres peligros de extrema gravedad: primeramente a que te califiquen |14| de loco; segundo, a que sospechen que tuviste a ese joven como amante, o incluso que lo sigues teniendo; tercero, a que provoques la ira de Dios contra ti. Tienes a tu único hijo en la cárcel, lo cual le sirve de medicina, como dices: juzga qué grave es la enfermedad para la que el medicamento es tan amargo;<sup>11</sup> y deploras la marcha provocada por la enfermedad de un pupilo, en el que estás completamente absorto. Avergüénzate (te hablo con franqueza, como suelo) de tan gran delito, o de tan mal agüero (ojalá esto no se cumpla), o de semejante estupidez.

CARDANO. Realmente me avergüenzo, y entiendo que lo que dices es en su mayor parte verdad; sin embargo, no puedo resistir el dolor, pues no pienso en otra cosa día y noche, entre tantas desdichas, despierto desde las cuatro de la mañana, yo que suelo dormir hasta bien entrado el día (a no ser que se interpongan tareas, o si se interponen, nunca antes de las seis), y no dejo de imaginarme su figura, y de acusarme por mis actos y mi desidia, no menos que si lo hubiese matado a voluntad y con conocimiento, como Alejandro a Clito,<sup>12</sup> y Solimán al niño que tenía como amante.<sup>13</sup> éste con aquél veneno suyo, aquél ebrio de vino. Por esa razón, me temo que este suplicio mío no es amor ni luto. Por lo que se refiere al amor, es verdad que no lo amaba yo tanto como para que, en el caso de que pudiera convencerme completamente de que aquél no pereció por mi culpa, me estuviera doliendo todo el día. Pero precisamente eso es lo que me angustia, es decir, que murió por mi culpa, él que fue entregado a mí en custodia por su padre, y me profesaba tanta fidelidad y amor, que nunca quiso oír palabra del |16| retorno a su padre, a su abuelo, a los tres hermanos que tenía, a sus criados y amigos. Habían transcurrido los siete años prefijados para su regreso, pero su deseo de permanecer se había agrandado: era tan fiel al ocuparse de las cosas que nunca faltó nada. Después, estaba tan contento de hacerse cargo de los trabajos, y más dispuesto a afrontarlos que yo a mandárselos; era

<sup>10</sup> Cfr. G. CARDANO, *De consolatione libri tres*, (OO, I, pp. 588 y ss.); cfr. I. MACLEAN, *op. cit.*, p. 70.

<sup>11</sup> El hijo menor de Cardano, Aldo Cardano, fue desequilibrado y violento: «Desde los catorce años jamás estuvo quieto y anduvo siempre de acá para allá por Italia» (G. CARDANO, *Liber XII geniturarum*: OO V, p. 532a). Su padre recurrió a medios de una excesiva dureza para corregirlo, pero llegó un momento en el que no atendió ya sino a protegerse de sus ataques, sus gastos continuos y los robos domésticos: lo echó de su casa y lo hizo desterrar y encarcelar (cfr. E. RIVARI, *Girolamo Cardano accusa e fa bandire da Bologna per furto il figlio Aldo*, en *Studi e memorie per la storia della Università di Bologna*, I (1907), pp. 147-180).

<sup>12</sup> Cfr. PLUTARCO, *Vida de Alejandro*, 50-51.

<sup>13</sup> Probablemente se refiere a Pargali Ibrahim Pasha (†1536), favorito de Sulimán hasta que éste sospechó de que estuviera involucrado en una conspiración contra él: cfr. LORD KINROSS, *The Ottoman Centuries. The Rise and Fallof the Turkish Empire*, Morrow, New York 1977, p. 230.

diligentísimo y cauto. ¿Cómo puedo yo olvidarme de semejante locura mía? ¡Ojalá no lo hubiera retenido conmigo gustoso como estaba de quedarse, o lo hubiera enviado (como era justo) a su casa y restituido a los suyos (puesto que no era posible a su padre)!

ALBUZZI. Bien hacen todos en advertir que el luto se asemeja a las cataratas; éstas provocan un agudo picor, y al rascarse aumentan. Me parece que de esta forma tú no alivias el dolor, sino que aumentas sus causas. Piensa, desgraciado (te hablo con franqueza, como he dicho), qué haces, en qué estado te encuentras, qué opinión de ti provocas en los hombres, y la ocasión de que tus adversarios hablen mal de ti, a qué gran peligro (si es que lo demás no te conmueve) te expones: o bien te mueres, abandonando a un nieto en edad infantil, y tantos bellos volúmenes (según oigo decir) aún sin acabar, o bien caes en la locura, que sería peor. Así que, descansa y mira por los tuyos y por la gloria, si es que no te motiva el cuidado de lo tuyo. Soportaste la repulsa del Colegio, injusta tanto como pudo ser, ya que ellos mismos te recibieron después, tras diez años. Soportaste, como he dicho, la cruel ejecución, miserable y vergonzosa, de tu egregio hijo, y de una esperanza tan grande (yo no hurgaría en ello a no ser en tanto que, como tú, reconozco y sé que también los medicamentos mortíferos conducen a la salud, y que cuando conducen a ella son de todos los más eficaces), y los peligrosos inicios de tu otro hijo, y la espera llena de miedo, después la muerte de tus padres, de tu esposa, y otras muchas penurias y adversidades. Ahora es de mal augurio (como he dicho), o vergonzoso, o la prueba del comienzo de la locura el que te veas martirizado de esa forma por la muerte natural de un adolescente extraño. No estuvo abatido Sócrates, que iba a perecer ese mismo día por una muerte indigna, e iba a abandonar a tres hijos pequeños sin ningún | 18 | sustento, cuando además había sido condenado injustamente. Créeme: quien perece por una enfermedad, sea del modo que sea en que perezca, es arrebatado por Dios, el que muere por la espada o por un veneno, lo es por los hombres; pero si Dios arrebatara lo que es suyo, cuando lo arrebatara no hay que dolerse; distinta es la cuestión en lo que se refiere a los otros casos. Luego, piensa que eres anciano, y según el dicho de Agustín: «El anciano no puede vivir largo tiempo».<sup>14</sup> Esto es lo que debe angustiarte y martirizarte, no una muerte ajena, de cuya culpa eres desconocedor, y aunque no lo seas totalmente.

CARDANO. Muy verdadero es lo que recuerdas, y me reprendo a mí mismo, pero no puedo anular la causa de la tristeza y de la congoja; bastante me martiriza y me tortura. Así que me consuelo con estas razones, pues todas ellas y muchas más las he escrito en muchos libros; a pesar de ello, no puedo resistirme a estar apenado.

ALBUZZI. Sé que las has escrito, y por ello las he sacado a colación, para que les prestes mayor fe, y para que sepas que soy estudioso de tus obras.

<sup>14</sup> JERÓNIMO, *Epístola CXXVII* [PL 22, 332a].

CARDANO. Te lo agradezco, pero yo te diría aquello de que cuando estamos sanos damos óptimos consejos a los enfermos.

ALBUZZI. Pero, ¿acaso soy yo inexperto en esas calamidades? De mí sabes cuánto tiempo soporté la pobreza (y no llevo con mayor vergüenza el haber sido pobre que con dicha el que ya no lo sea), y las calamidades de los míos y la desidia, además de la muerte de mi hijo, en quien tenía una magnífica esperanza, pero lo soporté de tal manera que no necesité ni de tu consolación, ni mucho menos de la de algún otro. Es propio del sabio, no sólo del fuerte, sobrellevar la necesidad, y ello con mayor motivo cuando llevándolo penosamente añades mal al mal.

CARDANO. Todo correcto, pero estoy cansado de tantas adversidades, y me oprime esta última calamidad.

ALBUZZI. Ojalá lo sea, y lo deseo.

CARDANO. Digo que es la última de aquellas que la precedieron, y que ya he soportado, no de todas; no puedo, en efecto, adivinar las futuras.

ALBUZZI. Pero tampoco estimaría yo que la calamidad de tu hijo en la cárcel es menor que ésta, y ella aún se cierne, pero dejemos a un lado esto.

| 20 | CARDANO. Dejémoslo a un lado sin más, y hablemos de esta fortuna mía.

ALBUZZI. Me parece bien. Pero piensa primero, si te place, en qué gran peligro te encuentras: anciano, ya has rebasado los sesenta años; pobre, pues no posees de renta más de cuarenta coronas de oro (según he oído de ti mismo): que sean en todo caso cincuenta o sesenta, ¿qué es esto para tantos gastos como soportas? Con el odio, como afirmas, del Senado; yo por lo menos diría que no tienes su favor; se te confisca el sueldo, o se te detrae en más de cien coronas de oro. Tu nieto aún no tiene los dos años, tu único hijo en la cárcel, tu hija estéril hasta este día; tu autoridad entre los ciudadanos se ha visto muy mermada por la desgracia de tu hijo, de tal manera que no puedes sino lograr allí con suma fatiga una mediocre ganancia gracias a tu arte; el estado de tu cuerpo tiene mejor aspecto que firme es su salud, como tú mismo me dices. Si mueres, ¿qué esperanza le quedará a tu estirpe? Si vives, caerás en una de estas dos calamidades: o bien te verás obligado a dejar de ejercer (lo cual ocurriría fácilmente por causa de tus adversarios y por el favor ya envejecido de los príncipes), o bien serás oprimido por alguna larga enfermedad (lo cual suele sucederles frecuentemente a los ancianos, y especialmente a los estudiosos). ¿Quién podrá ser calificado de más miserable que tú? (Y me estoy refiriendo a la opinión pública, pues no me atrevo a llamarte a ti verdaderamente miserable, para no parecer que me alejo radicalmente de tus enseñanzas). En consecuencia, ¿entre una tal mole de preocupaciones podrás acordarte de Guillermo? ¿No se llamaba así el que acaba de morir? Digo más, poco falta quizá para que escribas de inmediato un libro consolatorio y lo edites; de esta manera, cuando más apenado estés, como les ocurre a los cómicos, más se reirán de ti.

CARDANO. ¿Qué haré yo en esta circunstancia? Creo que eres divino. Y es que recogeré de ese libro tres emolumentos (puesto que estoy obligado a llevarlo a cabo): aliviaré el dolor, le dispondré a aquél un nombre inmortal y será ese libro quizá

semejante a los discursos de aquel Hegesias, orador tan famoso, quien empujaba a los | 22 | egipcios al suicidio mediante su alabanza de la muerte. A menos que Ptolomeo no lo hubiese hecho desistir de esa tarea bajo amenaza de muerte, parecía que iba a agotar de hombres el territorio.<sup>15</sup>

ALBUZZI. ¿Así es que quien persuadía a otros de la muerte la temió?

CARDANO. Eso es, pero te diré qué es lo que principalmente me angustia en una muerte como ésta.

ALBUZZI. Te ruego que me lo digas, pues esto es lo que yo quisiera escuchar.

CARDANO. Lo que especialmente me atormenta es que yo soy desdichadísimo, y que conduzco a las mismas desdichas a aquellos que más complacientes se muestran conmigo. En efecto, ¿a qué venía que yo sacara de su patria a aquel desgraciado, como si fuera a traer de nuevo a otro Teofrasto, cuando en su casa se hospedaron (según he oído) un poco después el rey Felipe con la reina María?<sup>16</sup> Si aquél hubiese sido pobre, no me dolería tanto. Quienes caen mientras se ven obligados por la miseria a procurar evitar la caída, deben llevarlo con ánimo justo, y quienes voluntariamente se arrojan a los peligros.

ALBUZZI. Pero esto lo podemos ver después. Te pido que digas lo siguiente: ¿cuál es esa especial preocupación?

CARDANO. ¿Has visto alguna vez un hombre más desgraciado que yo? En el útero de mi madre fui presa de un medicamento abortivo; perdí dos hermanos y una hermana por la peste, por ello mi madre huyó a Pavía; fui prófugo antes de que naciera; nací exánime y perdí en un día el amamantamiento por la peste; enfermo de niño y tan a menudo deplorado, sobreviví, creo, para padecer cosas peores; rechazado por el Colegio de médicos de manera envidiosa, por no decir injusta, he experimentado una repulsa similar en mi hijo el mayor. Junto a mi padre soporté una larga servidumbre, y cuando él me despreciaba por bastardo también oía yo a la vez cosas indecorosas de mi madre. A partir de entonces, cuando salí libre de esa miseria, caí en una peor: fui frígido por diez años interminables, | 24 | y ello en la flor de la juventud.<sup>17</sup> Solventó esta calamidad otra aún peor, pues cogí una consunción que duró siete meses y me estuve lamentando entre un mar de lágrimas; libre de nuevo

<sup>15</sup> Cfr. CICERÓN, *Discusiones tusculanas*, I, 34, 83-84.

<sup>16</sup> Los esponsales entre Felipe de Austria (futuro Felipe II) y su tía segunda María Tudor, a la sazón reina de Inglaterra, se celebraron el 25 de julio de 1554, apenas dos años más tarde de la estancia de Cardano en aquellas tierras.

<sup>17</sup> Cfr. G. CARDANO, *De utilitate ex adversis capienda*, III (OO, II, p. 112 ss.): aquí Cardano dice que estuvo aquejado de este mal desde los veintiún años hasta los treinta y uno, y tuvo su inicio en una mala primera experiencia: «En esa época, arrastrado por no sé qué ataque de esa locura tan frecuente en los mozos, quise acostarme por primera vez con una muchacha, ya que me veía deseoso y capacitado plenamente para la realización del coito. Pero la cosa no salió como yo esperaba». (Trad. F. Socas).

de ella, durante diecinueve interminables años he padecido tanta pobreza que, según el ejemplo de los frailes capuchinos, para mí al desayunar era incierta la cena; y esto hasta cuando tuve cincuenta años. Omito las amenazas y las vejaciones de Barbiano, por lo demás un ilustre varón, pero poco amigo de mi fortuna,<sup>18</sup> y tantas muertes de mis otros parientes. En estos casos no enumeraré nada que sea común o moderado. Siguió la boda aquella infausta de mi hijo el mayor; de ahí una muerte más tétrica, y finalmente las estupideces cometidas por mi otro hijo, tantas que me he visto obligado a coaccionarle con la cárcel; omito ahora la detracción del sueldo de la que acabas de acordarte, una hernia inguinal derecha que he lamentado durante varios años; lo siguiente, en décimo octavo lugar, ha sido la muerte intempestiva de este adolescente, de modo que reconozco sinceramente que no tengo ahora a nadie en quien pueda confiar: mi hijo es hostil e inconstante, mi hija está junto a su marido, mi nieto es débil, los parientes por parte de padre poco amigos, los cuñados pobres, los afines todos lejos, ningún amigo excepto tú, no tengo cliente, no tengo criado. Sólo este adolescente, por más que fuera ajeno, persistía en su deber por –creo– su probidad y su prolongada educación, y a él yo se lo he agradecido así por mi indolencia y desidia. ¿Y no quieres que lllore su muerte?

ALBUZZI. Pero, por el contrario, si soportaste con fortaleza el asunto de tu hijo, es vergonzoso (y reconozco que este asunto no es poca cosa) el que quieras ahora |26| sucumbir a un dolor inmoderado. Y ello especialmente porque, como te he dicho, este tema no carece de un enorme peligro.

CARDANO. Haces bien en advertirme, pero en la desgracia de mi hijo mi alma aún no estaba dañada por ninguna herida grave. Ves a hombres heridos que llevan peor un pequeño y blando cojín, e incluso a veces las sábanas, que la propia herida, y ello porque la carne dañada nada soporta, mientras que la sana todo lo desprecia. ¿Quién de esos hombres no lleva peor la estopa, que uno sano pesadísima cadenas? En aquel momento se me presentó un divino remedio gracias a una esmeralda retenida en la boca: escribí además el *Theonoston*, que puede sedar todas las preocupaciones y hacer cesar toda tristeza por más grave que sea. Está también en este libro la causa, como he dicho, de mi error y mi desidia. En mi hijo no cometí ninguna falta, que yo sepa; nada hay que torture más al hombre honesto que la conciencia del crimen y de la negligencia: en este caso, aunque no haya crimen en absoluto, reconozco que mi falta estuvo en la diligencia.

ALBUZZI. Pero si el *Theonoston* puede sedar todas las preocupaciones, ¿es que no lo tienes contigo?

CARDANO. Lo tengo.

ALBUZZI. ¿Por qué entonces no sedas este luto con su lectura?

<sup>18</sup> Se refiere Cardano a un largo pleito que mantuvo con la familia de los Barbianos, que fueron deudores de su padre, Fazio Cardano, y se negaron durante mucho tiempo a pagarle la deuda a su hijo: cfr. G. CARDANO, *De propria vita*, 28 (OO I, p. 17b).

CARDANO. Es verdad lo que dices, pero en este libro no se trata nada de esos infortunios que se han producido por nuestra culpa y especialmente sobre los nuestros. No me atormenta esa pérdida, sino mi indolencia y mi estupidez: de las dos maneras pequé. Pues me callo lo demás: no fue oportuno colocarlo con el sastre, que está en vela noches enteras, y cuando el desgraciado, teniendo plena confianza, vino a mí, debí socorrerlo dejando a un lado todas mis ocupaciones.

ALBUZZI. Veo cuán dañada está tu alma por esta enfermedad. En todo caso, dime, por favor: ¿no previste esto tú que sueles prever todos los males?

CARDANO. Ciertamente así lo creo: en el mismo primer día del año, es decir, las calendas de enero, tembló mi habitación a pesar de que no se estaba produciendo ningún terremoto; por ello, dado que era el inicio del año, a todos los de mi casa advertí, y especialmente a mi hijo, de que estuvieran muy atentos, pues yo sabía que alguien de la casa iba a morir; y ello porque |28| este prodigio siempre fue para mí de mal augurio, además de para otros, y bastante cierto;<sup>19</sup> tal fue el caso del padre o tío paterno (permítaseme llamarlo así según la costumbre lombarda) del conde Ippolito del Maino.

ALBUZZI. Pero, ¿estaba el muchacho en tu casa?

CARDANO. En absoluto, ya se había ido a casa del sastre.

ALBUZZI. Entonces, ¿qué tiene que ver él con el temblor de la habitación?

CARDANO. También estuvo él entre mis criados, por lo que en las Saturnales le habíamos echado las suertes. Es más, también temía por mi nieto, y aún temo, pues tras unos pocos días, alrededor de un mes y medio después, se repitió el mismo prodigio, pero mi nieto será sacado de mi casa.

ALBUZZI. Sin embargo, tu nieto te pertenece necesariamente, será perpetuamente de tu familia, además poseerá tus bienes, si no le ocurre ninguna adversidad; en cambio, éste ni te pertenecía necesariamente, ni quizá iba a volver más a tu casa: ciertamente no se iba a demorar mucho tiempo contigo, a menos que pensaras en dejarlo también a él como heredero.

CARDANO. Nada de eso, estarás bromeando: más le di al sastre de lo que le dejaba en el testamento. En todo caso, lo amaba mucho, y había decidido que se dedicara al comercio.

ALBUZZI. Luego no parece que ese sueño tenga que ver con él. Despreocúpate: por azar nacemos, y más aún por azar morimos.

CARDANO. No todos.

ALBUZZI. Por lo tanto, fue conveniente que lo tomaras como sirviente tuyo.

CARDANO. No a él por su causa, sino por la mía.

ALBUZZI. Deliras, amigo mío, al decir eso. En todo caso, hay que dar comienzo a esa defensa desde más alto.

<sup>19</sup> Cfr. G. CARDANO, *De propria vita*, 41 (OO I, p. 35a): aquí narra cómo le acaeció este mismo prodigio poco antes de enterarse de la nefasta boda de su hijo mayor.

CARDANO. De donde quieras, pero ten por sabido que yo no fabulo acerca de estas cosas: ojalá tal clase de señales no fueran hasta el día de hoy tan verdaderas como lo han sido.

| 30 | ALBUZZI. Lo creo, pero a mí no me ocurre nada de eso. En todo caso, omitámoslo, y dime: ¿te dueles a causa de ti, a causa de él, de ambos, o de sus allegados?

CARDANO. De verdad, a causa de todos.

ALBUZZI. Aunque me has endosado una tarea más ardua de lo que yo esperaba, intentaré a pesar de todo ponerte de manifiesto que no sólo no debes entristecerte por esta causa, sino alegrarte noblemente. Y considero que es un beneficio para aquél, para ti y para sus allegados: respecto a él, si pudiera revivir en una condición mucho mejor que la que tenía, y siendo de resplandeciente fortuna, no aceptaría la opción de revivir.

CARDANO. Eso es lo que todos dicen, pero Dios sabe cómo es la cosa; ciertamente es conocido aquello de que todos los seres desean existir.

ALBUZZI. No hago progresos contigo a distancia, según veo: hay que luchar de cerca.

CARDANO. Adelante, si es que tienes algo: no espero poder sacar en limpio de ti nada que no sea perfecto.

ALBUZZI. Y, sin embargo, me abstendré incluso de la calumnia, cosa que no hacen muchos, y es que la mayoría busca la causa del odio y el alivio del dolor en los vicios, de los que nadie puede carecer, ni mucho menos aquel muchacho. Y si, además, yo conociera íntimamente su vida, podría decir muchas más cosas.

CARDANO. Piensa que él fue entre los jóvenes el mejor, hasta tal punto que ni siquiera tuvo un enemigo.

ALBUZZI. Sea así, cuando además vale más engañarse que luchar, pues he oído que alguna vez te abandonó.

CARDANO. Así es, pero por la injuria que yo le infringí, y volvió a la segunda hora, pues carecía de toda obcecación.

ALBUZZI. Sea así; veo que tú obras en beneficio de tu dolor y de la gloria de aquél, si es que puede imaginarse que hay alguna gloria en un adolescente bárbaro.

CARDANO. Ojalá tuviera otro semejante italiano, pero continúa, que ya no sólo no rehuyo el alivio del dolor, sino que voluntariamente lo busco.

ALBUZZI. Todos los que dijeron algo acerca del alma se dividen en cuatro opiniones. Unos piensan que las almas son mortales, o solamente una, lo que viene a ser lo mismo, por más que hablen de ella ciertas cosas de una magnífica belleza; otros dicen que son perpetuas y están divididas, y soportan premios y penas, | 32 | tal como todas las religiones y Platón sostienen, si bien éste enseña esta cuestión de una manera tan insulsa, que bien hago en decir que echó abajo una buena parte de su

autoridad en esta parte, en donde debió poner tensos todos sus músculos.<sup>20</sup> La tercera es la opinión de aquellos que piensan que las almas sobreviven por un cierto número de años, pero bastante grande. La cuarta opinión es la tuya, tal como de ti la he oído, es decir, que todas son una sola, pero están divididas como los rayos del Sol y los miembros del cuerpo.<sup>21</sup> Y es que, en efecto, lo que siente el pie no lo siente la mano, y sin embargo el pie y la mano pertenecen a un solo individuo, por no decir que son una sola cosa. Así pues, cuantos dicen que el alma es eterna y está dividida, sean todas las almas felices, o sólo las de los buenos (dado que porfías con que éste fue bueno), están obligados a reconocer que nada mejor le pudo ocurrir; y esto mismo es lo que según tu opinión hay que decir.

CARDANO. No te afanes más, estas cuestiones son bastante claras.

ALBUZZI. Pues si afirmaras que fue malvado, hubiera sido impío dolerse por él: si viviera, por más amigo tuyo que fuera, iba a tratar mal y a hacer daño injustamente a muchos hombres honestos.

CARDANO. Bien cierto que es esto, no te afanes; pon todas tus energías en esto: ¿es el alma mortal o una sola?

ALBUZZI. No habría creído yo que tuvieras necesidad de esto tú que (como tú mismo me has dicho) durante un año entero no has hecho otra cosa que demostrar que nuestras almas son inmortales.

CARDANO. Cierto, pero en todo caso deseo oír cómo es que, aunque sean mortales, puedes demostrar que la muerte no es un mal, lo cual en vano intentó Séneca por mucho tiempo. ¿Qué habrían dicho Alejandro, Temistio y Averroes? Y es que me acuerdo de haber leído que Teofrasto, que fue de esa misma opinión, se dolió de su destino [34] cuando era anciano, y lo hizo ásperamente,<sup>22</sup> y nada hay más frecuente que quejarse de la condición de los hombres y de la brevedad de su vida. Por tanto, si es que tienes a tu alcance alguna opinión en este asunto, adelante.

ALBUZZI. Primeramente reconocerás lo que el poeta escribió:

Y de nuevo será enviado el gran Aquiles a Troya.<sup>23</sup>

<sup>20</sup> En el *De immortalitate animorum* Cardano dedica un extenso capítulo a refutar una a una las razones que aparecen en los diálogos de Platón a favor de la inmortalidad del alma: cf. JOSÉ M. GARCÍA VALVERDE, «La crítica a los argumentos de Platón en favor de la inmortalidad del alma en el *De immortalitate animorum* de G. Cardano», en *Fragmentos de Filosofía*, 2008, págs. 59-80.

<sup>21</sup> Cfr. G. CARDANO, *De animorum immortalitate*, ed. cit., pp. 359-360; JOSÉ M. GARCÍA VALVERDE, *Estudio Preliminar* («La noética de Cardano en el *De immortalitate animorum*»), en G. CARDANO, *De immortalitate animorum*, ed. cit., p. 31-79); G. GIGLIONI, *Mens in Girolamo Cardano*, in E. CANONE (ed.), *Per una storia del concetto di mente*, vol. II, Olschki, Firenze 2007, pp. 83-122.

<sup>22</sup> Cfr. DIÓGENES LAERCIO, *Vida de los filósofos*, V, 40-41.

<sup>23</sup> VIRGILIO, *Bucólicas*, IV, 36.

Esto fue demostrado por ti de una manera tan brillante con el ejemplo de la plata convertida en agua y retornada a plata un número infinito de veces,<sup>24</sup> que nadie podría dudar de que cada hombre vuelve a este mundo, y es así como si alguien durmiera mientras tanto, y afronta una suerte mudable, a la cual tú sueles llamar *palingenesía*, una inmortalidad intermedia, de tal manera que cada uno de nosotros está verdaderamente latente como la chispa en la ceniza, como los astros bajo la tierra, y volverá en su tiempo mucho más feliz, o si vivió felizmente, estará obligado a encarar otra suerte, y no hay filósofo alguno que pueda rehusar este género de inmortalidad. Por lo demás, ese tiempo durante el cual, mientras tanto, dormimos debe ponerse del lado de la felicidad más que del de la infelicidad, y sin lugar a dudas del de la tranquilidad, de una máxima tranquilidad.

CARDANO. Por tan bello descubrimiento, así como por otros muchos, pero por éste especialmente, en el cual especialmente descansa la salud del género humano, la posteridad entera debe darme las gracias.

ALBUZZI. Pero dímelo tú, te lo ruego, y explica mejor tu teoría, pues en esta inmortalidad, como suele decirse, todas las religiones y los profetas convienen. Ella es la que ningún filósofo puede rechazar, ninguna experiencia redarguye, ninguna razón reprueba, sino que todo consiente en ella por todos los lados.

CARDANO. Te lo diré, puesto que te agrada escucharlo. Sólo me callaré las demostraciones, pues en el *Theonoston* han sido abundantemente desarrolladas, para que no parezca que repito dos veces lo mismo, vicio del cual, hasta donde llega mi memoria, suelo verme libre. Pero replicarás: «¿y no vas a decir |36| dos veces la misma cosa?» De ninguna manera, pues allí descuidé la concatenación de los argumentos;<sup>25</sup> ahora lo explicaré con atención, lo cual considero que te va a resultar agradable.

ALBUZZI. Ninguna otra cosa lo será más. Continúa.

CARDANO. En principio debes saber que, dado que el hombre consta de forma, la humana, así como de materia y mente perpetua, si te apartas por completo de la inmortalidad del alma y reduces el asunto a que seamos semejantes bajo todo punto de vista (y es que, en efecto, no cabe imaginarse otra forma universal, como la que

<sup>24</sup> Cfr. G. CARDANO, *Theonoston*, III (OO II, p. 405b): «Diré que la plata, cuando es separada del oro, pasa a agua; tan pronto como los artesanos recojan el oro, de nuevo cambian aquella agua a plata. ¿Acaso pensáis que esta segunda plata es otra en número que la primera? ¿Acaso es la misma?»

<sup>25</sup> Cfr. G. CARDANO, *Theonoston*, III (OO II, p. 405b y ss.): cfr. GUIDO CANZIANI, *L'anima, la mens, la palingenesi. Appunti sul terzo libro del Theonoston*, in G. CANZIANI - M. BALDI, *Cardano e la tradizione dei saperi*, FrancoAngeli, Milano 2003, pp. 209-249; JOSÉ M. GARCÍA VALVERDE, *Estudio Preliminar* («Del *De immortalitate animorum* a los libros III y V del *Theonoston*: la evolución del pensamiento de Cardano sobre la inmortalidad del alma»), in G. CARDANO, *De immortalitate animorum*, ed. J. M. García Valverde, FrancoAngeli, Milano 2006, pp. 79-105.

discutió Averroes, ya sea porque nosotros mismos existimos, y cada uno percibe que él mismo existe y no lo percibe de los otros, y dado que de otra manera los hombres serían un solo hombre; pero que sea la cosa como te plazca, y yo te concederé todo lo establecido por Averroes que tiene que ver con nuestra opinión, y ello porque cuanto más cosas vayamos a tener en común, tanto menos de la individualidad propia de cada uno dejará huella en nuestra resurrección), es conveniente conceder que hay al menos una sola cosa por la que cada uno se distingue de los otros: esa cosa no es un accidente, pues nos distinguimos por las mismas cosas por las que somos, sino una porción de materia, no del cuerpo entero, puesto que el niño y el anciano no serían uno y el mismo, y si se le amputara un brazo o se le extrajera un ojo a un hombre, no sería el mismo; por el contrario, se trata de esa porcioncita de materia en el corazón a la que está fijada el alma, si es que en todo caso afirmas que ella es mortal. Por lo tanto, cuando el hombre muere, la materia permanece y la forma aquella reside en potencia en ella, tal como en la ceniza el combustible de la llanita; y quizá tenga también algún acto, aunque exiguo. Ahora bien, no acepto para mí sino lo que no puede negarse de ninguna manera: dormimos un sueño profundo, así como las estrellas están escondidas bajo el otro horizonte; tal como en la mosca está el | 38 | estímulo de la vida, así algunos –eso se dice de Juba—<sup>26</sup> estando aún caliente el cuerpo resucitaron, lo cual también es manifiesto y está comprobado en el caso de Fortunio Affaitati.<sup>27</sup> Cuando aquella exigua parte ha quedado imbuida de nuevo del alma humana y de la mente, surge el mismo hombre, y de esta forma todos verdaderamente resucitaremos con nuestra carne, y no una vez, sino infinitas, pues el tiempo es infinito. Ahora bien, incluso en el caso de que los hombres vivan por un breve espacio de tiempo, es necesario que cada uno sobreviva por un tiempo infinito. Así, por otro lado, poco difiere esta opinión de aquella que sostiene que nuestras almas tras la muerte duermen hasta el día del juicio. Por eso es por lo que se repite tan a menudo: «Durmió en paz». Nuestra religión, en cambio, va más allá, mientras que los filósofos se ven obligados a llegar hasta el límite de los sentidos. Cuando ha sido fabricado el corazón aquel, se equipa de otros miembros, y por ello de otras costumbres y de otra fortuna. Por lo demás, hay que creer que esa resurrección ha sido constituida de tal manera que los que fueron felices salgan infelices, o al menos quienes fueron malvados; también quedan los vestigios del amor y del odio, si en una cierta época nacen de la misma edad aquellos que fueron amigos o enemigos, lo cual tal como no es necesario que se dé al instante, es necesario sin embargo que alguna

<sup>26</sup> Cfr. PLINIO, *Historia natural*, XXV, 5, 14: «et Iuba in Arabia herba revocatum ad vitam hominem tradit». La misma referencia en Agrippa: C. AGRIPPA, *De occulta philosophia*, I, ed. V. Perrone Compagni, p. 157.

<sup>27</sup> Cfr. F. AFFAITATI (+1550), *Physicae ac astronomicae considerationes*, Venetiis, 1549, caps. 12-14. Hay una traducción italiana de este texto de Gianpietro Torresani que sólo hemos encontrado en internet: <http://www.orasesta.it/htm/Affaitati-Torresani.htm>.

vez ocurra; y quien ha sido martirizado por alguien, a la inversa, le infringirá a este otro un suplicio u otro mal. Ahora bien, yo demuestro que es necesario que esto sea así por el hecho de que, como el tiempo es infinito, y vuelven infinitas veces los individuos, y el número de almas tiene un límite, se sigue que un determinado hombre caerá junto a otro determinado en la misma época no una vez, sino infinitas. Aquí ves palmariamente que todas estas circunstancias consienten en una sola opinión y son verosímiles. No hay que sorprenderse primeramente si muchos filósofos |40| vivieron sin preocupación, como si fueran a volver: nadie hay, en efecto, que, si considerara que él se va a extinguir por completo, no viva triste. De ahí que todas las religiones afirmen esa inmortalidad, y además haya tantos que se ofrecen intrépidos a la muerte. Sin embargo, las demás cuestiones que se derivan de esto permanecen totalmente desconocidas hasta este momento, y nos resultarán desconocidas mientras no venga un hombre de una inteligencia más afortunada: por ejemplo, la cuestión de si cada uno tendrá los mismos hijos, la de si tras el óbito permanece algo en esa materia que posea algún acto. Lo que tengo por descubierto es que son óptimos y también felices aquellos que no tienen asuntos con nadie como para que maten o sean matados, infrinjan una injuria o la reciban, pues es señal de que ya fueron anteriormente así, y lo serán.

ALBUZZI. Estas afirmaciones son admirables, pero, en todo caso, dudosas por un solo punto: si alguien dice que los hombres son infinitos y que aquella materia se divide en partes mínimas, nunca jamás bajo la misma forma estarían las mismas partes de la materia. Después me temo que, aun en el caso de que lo estuvieran, no sería el mismo hombre después de tanto tiempo de por medio. Si resuelves estas dos dudas, reconoceré que todos nosotros volveremos.

CARDANO. Primero hablaré del tiempo, luego del número. Así pues, en cuanto al tiempo la cosa es que mientras vayamos a vivir es claro que nosotros seremos los mismos, y en todo caso ese intervalo de tiempo no obstaculiza en nada la unidad. Lo ves en la plata viva, y en esos que se despiertan de un largo sueño o de una larga enfermedad en la que han convalidado olvidados de sí mismos. En efecto, no debe haber ninguna duda en absoluto respecto a que las cosas que se componen de los mismos elementos han de ser las mismas. Pero acudamos al primer punto, a partir del cual también se arrojará más luz sobre este segundo. Así es que si el número de hombres fuera incierto e infinito, ninguno de ellos sería conocido por Dios: ¿para qué esa infinidad desordenada y desconocida?<sup>28</sup> ¡Cuánto más acertado es, poniendo ante nosotros el ejemplo de las otras orbes, constituir un número determinado de mortales, de tal manera que, igual que los cuerpos celestes, así aquél número volverá al punto inicial! En esta concepción se conservará ciertamente el orden, la divina sapiencia, |42| la similitud de todas las cosas; se evitará la abominable infinidad cuantitativa. La multitud inútil y desconocida será tenida incluso como ejemplo de la

<sup>28</sup> Cfr. G. CARDANO, *Theonoston*, III (OO II, p. 409a).

injusticia divina: si no fuera así, pero cayeran algunas partes de la materia bajo la forma humana, de tal manera que se restituyeran unos hombres, y otros no, ¡cuán injusto será esto, restituir a unos sí y a otros no! ¿Y si a ninguno?

ALBUZZI. A ninguno directamente.

CARDANO. Luego será conveniente huir de esa subrepticia concesión, y Dios pondrá gran cuidado en que nadie pueda volver. Y en el caso de que yo te conceda esto, tan absurdo como es, no podrías negar que aquella parte de la materia conste de muchas porciones, de tal manera que en mí (por ejemplo) una parte sea de Galeno, otra parte de Iris, otra de Temisión, y otra de Máximo Planudes<sup>29</sup>: por lo tanto, ¿piensas o no piensas que ellos en parte resucitaron en nosotros? ¿Qué confusión es ésta? Pero, ¡cuánto más digno es de la divina sapiencia que sean exactamente los mismos los que vuelvan tras varios siglos!

ALBUZZI. Me quedo absorto en estas palabras: son sin duda mejores que la epístola de Averroes *Sobre la resurrección*.<sup>30</sup> Es sorprendente, no basta con opinar mal de estas obras, a menos que se les dé títulos honestísimos a libros impíos: éste lo tituló *Sobre la resurrección*, aunque cree que muere todo excepto cierta cosa común; aquél *Sobre la inmortalidad*, aunque en nada cree menos que en la inmortalidad del alma. ¡Oh Santa Guillermina, (pues sé que solías llamar de broma a ese adolescente puro y óptimo con este nombre), que has obtenido un pregonero de la gloria de tu nombre tal como el que reyes en vano desearán alguna vez! ¡Y qué feliz a cambio eres tú, Guillermo, que fuiste quien suscitaste la causa de que se trabara esta conversación! ¡Oh glorioso hado, y más inmortal y |44| más honesto que la temeridad de Curcio! Estas ideas son distintas de aquellas que oigo clamar contenciosamente en las escuelas: «Aristóteles dijo, Galeno opina, la medicina es una ciencia, pero no lo es, sino un arte, ¿qué dice el texto? En absoluto, sino tal cosa o tal otra». En todo caso, continúa, si es que tienes alguna idea posterior, pues ya me has persuadido.

CARDANO. No, soy yo el que te exige aquello que me has prometido, es decir, que puestas a un lado todas las razones relativas al alma pases a consolarme (tal como pretendías).

ALBUZZI. Ahí voy, y noblemente lo intentaré hasta donde pueda. En todo caso, para confesar la verdad, quisiera de muy buena gana tener una sola razón de aquel Hegesias, quien tanto detestaba la fortuna de esta vida, que empujaba a los hombres a ir voluntarios al encuentro de la muerte.

CARDANO. ¿Acaso piensas que fue una gran cosa? Para nada: ¿en qué piensas, en efecto, que pudo ser vencido Cicerón en las *Tusculanas*? ¿Quién pudo ver en ese

<sup>29</sup> Maximos Planoudes (latinizado Planudes) fue un gramático y teólogo bizantino que floreció en la transición entre los siglos XIII y XIV de nuestra Era.

<sup>30</sup> Cfr. AVERROES, *Destructio destructionum*, IV, in *Arist. opera cum Averrois commentariis*, IX, f. 146rA-147vL.

argumento lo que él no vio, o proferir lo que vio y pensó mejor y más elocuentemente que él lo hizo?<sup>31</sup> Y, sin embargo, nada tal pudo hacer aquél, ni engendrar esa opinión en las mentes de los hombres.

ALBUZZI. Ni quizá lo hubiera deseado. Incluso Hegesias se pasó a la inmortalidad de las almas, como también Cicerón. Reconozco que hay una sola cosa que me parece difícil, a saber, ser capaz de persuadir sin recurrir a esa inmortalidad al joven y al adinerado de que la muerte es preferible a la vida.

CARDANO. Y, sin embargo, esto es lo que reclamo de ti: ¿cómo crees que pudo tocarle en suerte eso a Hegesias?

ALBUZZI. Si es verdad lo que dice Valerio Máximo,<sup>32</sup> considero que no hubo en Hegesias nada de extraordinario, sino más bien una cierta elocuencia popular, que (como dice Eurípides<sup>33</sup>) persuade más a los ignorantes, que aquella que consta de arte y razón.

CARDANO. ¿Qué oigo? ¿De dónde procede este milagro?

| 46 | ALBUZZI. Te lo diré: puede ocurrir porque la elocuencia popular es más propia de idiotas, y a ellos los motiva más que el discurso espléndido y sobremana adornado, y eso por cuatro causas.

CARDANO. ¿Cuatro causas? Yo reconozco que a esto apenas he podido encontrarle una después de un día entero.

ALBUZZI. Te las diré para que las sepas: la primera es que esta tosca elocuencia es percibida por aquellos que son de cortas entendederas mejor que las razones sutiles, además de que esos hombres se apoyan en fundamentos que a ellos les favorecen más. La segunda es que se trata de un discurso más desequilibrado (de lo cual también se da cuenta Quintiliano<sup>34</sup>) y por ello sacude en mayor medida las mentes del populacho. La tercera es que los hombres menos graves (tal como creo que era aquel Hegesias, por lo demás un desconocido) dan auxilio a sus palabras con gestos –en todo caso, reconocerás que son menos graves que Aristóteles, Platón, Demóstenes y Cicerón–; de aquí que sacudiendo la tribuna con exclamaciones, lágrimas, suspiros, con la caída de la voz, apoyan esas bagatelitas suyas, las cuales tal como resultan ridículas para los sabios y los que dominan las artes, así parecen admirables para los ignorantes, las mujeres y los niños. La cuarta es que tales individuos entremezclan mentiras además de impudicias no dignas de fe.

CARDANO. Ahora lo entiendo, pero si en esta causa tienes algo más digno que ese Hegesias, échalo fuera.

ALBUZZI. Te lo diré con claridad, y de manera que un discurso parezca unido al otro. ¿Qué otra razón sino que esta vida sería completamente infelicitísima hay para

<sup>31</sup> Cfr. CICERÓN, *Discusiones tusculanas*, I, 34, 83-84.

<sup>32</sup> Cfr. VALERIO MÁXIMO, *Hechos y dichos memorables*, VIII, 9, 3.

<sup>33</sup> Cfr. EURÍPIDES, *Orestes*, 902-911.

<sup>34</sup> Cfr. MARCO F. QUINTILIANO, *Institutio oratoria*, VIII, 4.

que tantos hombres se hayan suicidado sin causa alguna? Pues cuentan que en el funeral de Otón muchísimos soldados se degollaron voluntariamente, a pesar de que no había nada que los obligara a ello.<sup>35</sup> El centurión que le había traído a Casio una respuesta tardía, se mató junto al cadáver de su señor.<sup>36</sup> ¿Cuántos muchos libertos, siervos, mujeres –dejo a un lado a los parientes y los hermanos–, se suicidaron por sus señores, o por sus camaradas?

| 48 | CARDANO. Pero quizá ellos estimaban que las almas son inmortales.

ALBUZZI. En absoluto: a pocos esto les ha persuadido hasta este momento; y a tantos menos como muchos son los que simulan creerlo. En todo caso, si esto es lo que les ha persuadido, se trata de algo propio de hombres honestos, ya sea por ser más simples, ya sea porque mediante su propio género de vida muestran la opinión que tienen. Pero quienes se mataron a sí mismos de esa manera eran todos hombres malvados y ateos, excepto uno, Catón, cuyo pensamiento (al menos cuando florecía) Dios lo conoce. Yo te concedo, no obstante, que creyeran incluso que las almas son inmortales: el propio dolor de la muerte equilibraba esa esperanza. Sin embargo, ahora la disputa no está en si el morir le es ventajoso a alguien, sino en si eso es mejor para los que ya están muertos, que para los que viven. Por tanto, ¿por qué semejantes hombres estimaron que la vida es peor que la muerte, si es que no podían esperar que la muerte fuera buena?

CARDANO. Esta razón sería plenamente persuasiva si hubiese muchos hombres de esa naturaleza, o sabios. Y es que tan sólo se considera digno de fe aquello que es probado por la mayoría o especialmente por los sabios, ahora bien, aquí no se trata ni de una cosa ni de la otra.

ALBUZZI. En todo caso, acudiré adonde se me reclama, sea el sitio que sea. Ciertamente quienes viven nada tienen de más respecto a los muertos a no ser que están obligados a experimentar la propia muerte, que es entre los males el mayor y el más terrible, pues lo demás es prácticamente igual en vida: el miedo, la esperanza, el dolor, el placer, lo agradable, lo ingrato, lo dulce, lo amargo. Y es también excesivo que concedamos que las cosas buenas pueden igualarse a las malas, pues las malas suelen superar a las buenas en duración y magnitud. Añádase que las malas conmueven más que las buenas, pues las malas están situadas en el extremo, las buenas en el medio, y las malas en los sentidos, mientras que las buenas se sitúan en la indolencia. ¿Qué fue lo que le prestó socorro a Cicerón con tantas riquezas como tenía (poseía, en efecto, más de trescientas mil coronas de oro), con un poder tan grande que era el tercero de Roma (después de Pompeyo y César, y tras morir Craso ya era considerado como el primero), con tantos amigos (se dice que veinte mil

<sup>35</sup> Se refiere aquí Cardano al emperador romano Marco Salvio Otón (32-69 d.C.). Sobre el suicidio de sus soldados al ver cómo él se había quitado la vida cfr. PLUTARCO, *Vida de Otón*, 17, 4; SÜETONIO, *Vidas de los doce Césares*, VII, 2, 12.

<sup>36</sup> Cfr. PLUTARCO, *Vida de Bruto*, 43, 9.

ciudadanos cambiaron su atuendo por su exilio), con tantas gestas de las que se gloriaba, con el consulado, con el orden senatorial, con el Colegio de augures, y otras muchas magistraturas, con su hija aún fuera de peligro, con su hijo incólume, con el hermano, el nieto, con tantos libros bellísimamente escritos, finalmente con tanto conocimiento de cada tema filosófico, de ahí aquella incomparable |50| elocuencia, con su cuerpo no sólo sano, sino robusto? Mira qué dice también de su ánimo, pues le escribía a Ático (le irritó la única injuria de su hermano, quien sin embargo iba a luchar tanto por la salud y la dignidad de Cicerón, que una falsa creencia en que estaba muerto le protegió la vida, puesto que en aquella sedición yació como un muerto entre los muertos<sup>37</sup>): «Te escribo esto el día de mi cumpleaños, que ojalá no hubiese alcanzado».<sup>38</sup> Mira cuánto más nos afligen las cosas malas, por más que sean, pequeñas y pocas, que muchas buenas.

CARDANO. Eso que dices de que nada tienen los vivos frente a los muertos más que el hecho de que van a morir lo reconozco, puesto que por eso mismo parecen más felices, es decir, porque quienes viven pueden mudar su condición, mientras que quienes están muertos se ven obligados a retenerla, luego mejor es la condición de los vivos.

ALBUZZI. Es una objeción sutil y digna de ti, pero el propio tránsito de esta vida es tan grave que todo el mundo, por lo que atañe a este punto, quiere evitarlo. Y es que si uno no puede regresar de la enfermedad a la salud, por ejemplo en el caso de que tenga una piedra en la vesícula (siendo ambos como somos médicos, y –como he dicho– profesores, usaré ejemplos médicos), a no ser que se le extraiga la piedra, ¿no prefiere que se le extraiga antes de que haya de llegar al punto final?

CARDANO. Pero sí, a pesar de ello, va a enfermar más gravemente por la extracción, ¿quién no prefiere que no se le extraiga en vez de soportar inútilmente un dolor tal como para ser martirizado más gravemente?

ALBUZZI. En esto resulta, pues, la cosa, pues quien está muerto no puede tener mal: ¡cuánto menos algo peor! De modo que veamos si la vida es buena o es mala, pues si es mala, como la muerte es mala, y para los muertos no hay mal, como tampoco bien, la cosa será mejor para éstos por dos motivos: porque no están sujetos a los males de la vida, ni al dolor de la muerte. Si por el contrario es buena, vivir será mejor que estar muerto.

|52| CARDANO. Bien dicho.

ALBUZZI. Pero veamos también esto: después de que están muertos es como si no hubieran nacido jamás; bastará tan sólo con juzgar si para el hombre es bueno nacer. Así, en efecto, todo queda determinado por esta cuestión, pues quien nace lo hace con la condición de que es necesario morir.

<sup>37</sup> Cfr. PLUTARCO, *Vida de Cicerón*, 33, 4.

<sup>38</sup> CICERÓN, *Epístolas a Ático*, XI, 9, 3.

CARDANO. Veo hacia dónde me arrastras, ya que quieres que yo me enrede a la vez en cuatro dificultades.

ALBUZZI. Más bien desenredarte. Yo sé lo que quieres decir: primeramente, (como he dicho) Cicerón y otros muchos por levisimas causas desearon la muerte; en segundo lugar, contraponen a los bienes que poseemos el dolor de la muerte, la cual no es una parte pequeña de los males, ya sea por sí misma, ya sea por el miedo; en tercer lugar, pones como objeción el dicho aquel del Filósofo: «Desear la muerte, y darse muerte a uno mismo es algo que pertenece a la debilidad de carácter»;<sup>39</sup> como si fuera más duro soportar largamente los dolores de la vida, que la muerte y el no existir; y en cuarto lugar, aduces aquello de Sileno: «Lo mejor para un hombre es no nacer, y lo siguiente morir al mismo instante de nacer».<sup>40</sup> Éstas eran, creo, las objeciones que habías considerado que debías hacer, y ello porque verdaderamente se podían hacer.

CARDANO. Así es, pero las disiparé sin profundizar. Más deseaba yo desarrollar mi propia doctrina y el examen diligente de cada punto. En efecto, lo que se aduce de Sileno es tan fabuloso que es, en definitiva, una mera fábula cuyo origen está en un animal fabuloso, fruto sencillamente de la imaginación; y no considero que aquella frase sea necesariamente de Aristóteles, la cual, por lo demás, ningún peripatético menciona. En cuanto a lo de la debilidad de carácter, cierto es que se trata de debilidad de carácter no poder soportar el dolor, y matarse a uno mismo por ceguera y estupidez. La muerte no se afronta voluntariamente, sino que cuando te arrojas a ella, quieras o no quieras, te ves obligado a afrontarla; de donde vienen aquellos versos virgilianos:

| 54 | y buscó con la mirada perdida la luz en lo alto del cielo, y gimió al encontrarla.<sup>41</sup>

Y con más claridad, allí mismo:

¡Cómo desearían en el alto éter soportar ahora su pobreza y las duras fatigas!<sup>42</sup>

ALBUZZI. Virgilio reprodujo las preocupaciones y las costumbres de las almas sordidas, las cuales prefieren cualquier cosa antes que sufrir y soportar la muerte. De

<sup>39</sup> Cfr. ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, III, 7, 1116a13-15: «Morir para evitar la pobreza, el amor o algo doloroso, no es propio del valiente, sino mas bien del cobarde».

<sup>40</sup> Cfr. CICERÓN, *Discusiones tusculanas*, I, 48, 114; PLUTARCO, *Consolatio ad Apollonium*, 115, 2, 16. También cita esta misma referencia Cardano en el *De consolatione*, II (OO I, p. 602a).

<sup>41</sup> VIRGILIO, *Eneida*, IV, 691-692.

<sup>42</sup> Ivi, VI, 436-437.

donde viene también aquello de: «Alegrías de la vida».<sup>43</sup> El populacho vive de tal manera que considera que no hay nada más importante que la vida; de esta forma prefiere las delicias corpóreas en lugar del placer del alma. En todo caso, ¿quién sabe si el Poeta describe los sentimientos de los muertos por los que van a morir? Pero sigue.

CARDANO. No quisiera aprovecharme para mi causa (por decirlo así) del hecho de que todos desean existir, pues se trata de algo general. Por lo tanto, la vida es preferible a la muerte. Pero pasemos a otras cosas. Quien va a morir no sufrirá cosas más duras que las que ha sufrido quien ya está muerto. Imagina que sobrevive, date cuenta de que la condición es la misma, salvo por el hecho de que éste ha superado ya lo malo, aquél lo aguarda, y nosotros no comparamos con el muerto al que se está muriendo, sino al vivo que casi nunca esperar morir, el cual no piensa que haya ningún dolor en la muerte, pues por lo que se refiere al que se está muriendo no discutiré que sea mejor el estar muerto que el estar muriéndose. Y, por supuesto que muchos piensan que en la muerte no hay ningún dolor en razón de que el sentido se extingue juntamente con la vida. Y si esto es así, ¿qué objeción tendrías?

ALBUZZI. Leí eso una vez en tus libros *De consolatione*,<sup>44</sup> pero dudo de si desvanecerse es igual a morir, pues quienes se desvanecen no se duelen ni tampoco dan ningún signo de dolor; quienes se están muriendo, o bien entonces, o bien poco antes muestran |56| signos de un fuerte dolor: se atormentan, se lamentan, están más que despiertos, tienen una mirada fija y feroz, se sobresaltan, quieren levantarse, están aterrorizados, gritan. En todo caso, no aduzco otra cosa que ese *rhechmo*<sup>45</sup> por el que se ven dominados largo tiempo, y no hay duda de que ellos sienten que se ahogan. Todas estas cosas son señales de que quienes se están muriendo no se duelen de una manera moderada, sino extrema. Pero si no quieres, no tengo qué decir.

CARDANO. Aristóteles escribió que los que llegan a la extrema vejez mueren sin ningún dolor,<sup>46</sup> como si hubiera hablado con alguno de ellos tras la muerte. Gualterio Corbetta,<sup>47</sup> al morir entre espantos de sangre, perdió la conciencia brevemente; cuando volvió, dijo que había experimentado tal dolor, que no podría haber uno mayor en la

<sup>43</sup> VIRGILIO, *Eneida*, XI, 175.

<sup>44</sup> Cfr. G. CARDANO, *De consolatione*, II (OO I, p. 600a-b).

<sup>45</sup> Se refiere al ahogo que se produce en las postrimerías de la muerte: cfr. G. CARDANO, *Commentaria in librum Hipp. De alimento*, lect. 26 (OO VII, p. 416b).

<sup>46</sup> Cfr. ARISTÓTELES, *Sobre la juventud y la vejez*, 23, 479a20-25; esta misma referencia es incluida por Cardano en el *De consolatione*, II (OO I, p. 603b), aunque sin esta visión crítica que tiene sobre la opinión de Aristóteles

<sup>47</sup> Fue un notable jurisconsulto milanés muerto en 1537 con cuarenta y dos años de edad. Ejerció como profesor de jurisprudencia en Francia, en donde recibió el favor de Francisco I, pero no pudo disfrutarlo porque se vio obligado a volver enfermo a su patria.

muerte, y que no quería revivir, pues se tendría que contra entre los que iban a morir. Estos datos favorecen tu opinión. ¿Qué más? Yo mismo he muerto.

ALBUZZI. ¿Cuándo? Oh, ya sé, fue hace tiempo, pero no has muerto: ¿no te acuerdas de que leí esto en tu libro *De consolatione*?<sup>48</sup>

CARDANO. No; digo hace poco y de manera verdadera.

ALBUZZI. ¿Cuándo? ¿Bromeas o es que te has vuelto loco? ¿Podrás convencer alguna vez a alguien?

CARDANO. En la noche siguiente al 24 de noviembre de este año de 1561.

ALBUZZI. ¿Cómo? ¿Lo dices en serio? Si en algún momento has muerto, ¿cómo es que vives? ¿Resucitaste?

CARDANO. A menos que pudiera demostrarlo, no me atrevería a revelar este prodigio.

| 58 | ALBUZZI. ¿Qué prodigio? ¿Que estando muerto resucitaste?

CARDANO. No ése, sino otro.

ALBUZZI. ¿Cuál?

CARDANO. Habiendo padecido durante ocho meses una hernia intestinal del lado derecho y careciendo ya de remedio alguno, de repente, tras haber abandonado todos los medicamentos, sané como nunca antes.<sup>49</sup>

ALBUZZI. Aunque esto sea sorprendente, sin embargo nada tiene que ver con una resurrección, pues ¿qué tiene que ver la hernia con la resurrección?

CARDANO. No resucité.

ALBUZZI. Y tanto: ¿no has dicho que has muerto, y vives? Luego has resucitado.

CARDANO. No he muerto, pero he experimentado el dolor de la muerte. Y ojalá pudiese explicártelo hasta el extremo de como yo lo percibí. Creo, además, que en los enfermos es menor el dolor.

ALBUZZI. ¿Por qué, entonces, no periciste? ¿Estabas dormido o despierto?

CARDANO. Dormía, pero me estremezco.

ALBUZZI. ¡Oh, dormías! Luego se trata de un sueño.

CARDANO. No; por el contrario, sentí ese dolor que sé con total certeza que es muy similar a la muerte.

ALBUZZI. Y éste es el segundo prodigio: ¿dormías y no es un sueño, has muerto y vives, pero no has resucitado?

CARDANO. Bien dices, pero a veces en mí todo está por encima de lo creíble: o bien un Genio me conduce a ello sin saberlo yo, o bien se trata de un don de Dios, es decir, que pueda yo descubrir lo que apenas es conocido para ningún otro. Ciertamente no sé si tú te lo crees, pues apenas me creo a mí mismo.

<sup>48</sup> Cfr. G. CARDANO, *De consolatione*, III (OO I, p. 619a); aquí refiere Cardano lo cerca que estuvo de la muerte tras sufrir una consunción para la que agotó todos los remedios sin encontrar solución.

<sup>49</sup> Cfr. G. CARDANO, *De propria vita*, 6 (OO I, p. 5a-b).

ALBUZZI. Di cómo se produjo la cosa y por qué no periciste.

CARDANO. Sólo duró un momento, o (como dicen) un instante, y no hay duda de que si no hubiese durado un momento, yo habría exhalado mi alma.

ALBUZZI. ¿Qué es lo que se veía?

CARDANO. No puedo explicarlo.

ALBUZZI. Explica la serie de hechos.

| 60 | CARDANO. Me pareció que alguien, no sé quién, decía: «Esto es un ejemplo de la muerte, éste el dolor». Por lo que me dije de inmediato: «Entonces no moriré ahora». Y en el propio pensamiento me pareció que se me extirpaba del corazón toda vida, y que se desvanecía en los aires, y al mismo tiempo se confundía todo, y que nadie estaba muy aterrorizado. Y en seguida me desperté del sueño. No obstante, me palpitaba el corazón, pero de súbito cesó; y el calor que se disipaba desde el corazón era de vez más elevado de lo conveniente. Así pues, yo, que he visto el prodigio o la señal de la hernia, fácilmente puedo creer que la muerte va a ser con toda seguridad así. Y más por la razón de que he experimentado que es verdadero el sueño aquél por el que era aconsejado de que si la esmeralda que llevaba colgada del cuello me la ponía en la boca, en el futuro me olvidaría de mi hijo: no de su muerte, sino que sería como si no hubiese sido él nada antes para mí. Yo, que he visto tales prodigios, y muchos otros, ¿por qué no ese que es de menor importancia, y muy verosímil? Y no me crees por estas dos razones, es decir, porque no has experimentado nada similar, ni tan terrible.

ALBUZZI. Te ruego que me digas si le has narrado a algún otro esto.

CARDANO. A nadie excepto a un criado. Pero, ¿por qué?

ALBUZZI. Deseaba saber qué es lo que opinaban de semejante historia.

CARDANO. No se lo dije a nadie excepto a Ercole, un criado mío.

ALBUZZI. Magnos son y admirables estos hechos. Y si son verdaderos, se trata de un argumento bastante evidente de la inmortalidad de nuestras almas. Pero dime, ¿qué diferencia crees que hay entre la muerte de un hombre cuya alma revivirá de nuevo después de mil años, y la de aquél cuya alma, mientras tanto dormida, se despertará? Efectivamente, un cierto razonamiento pone de manifiesto que este hombre será el mismo, pero aquél distinto; aunque no sabría qué decir, cuando la materia y la forma son las mismas en ambos casos, y el silencio en el tiempo intermedio es el mismo en los dos.

CARDANO. La operación y la esencia de las cosas son las causas de la diferencia; cuando son las mismas, parecen tener igual efecto. Sin embargo, tengo en este asunto un ejemplo bastante apropiado: pongamos que el Sol brilla a través de la ventana en dirección a tu habitación; allí habría dos páteras<sup>50</sup> | 62 | llenas de agua que el Sol iluminaría con sus rayos; desde cada una de ellas refulgiría en la pared un iris; ahora bien, uno estaría presente continuamente, no habiendo objeto que obstaculizara al

<sup>50</sup> *phialae*: se trata de un recipiente ancho y con poco fondo.

Sol, mientras que al otro unas veces se le vería, otras veces no se le vería, por una puerta que está ahora abierta, ahora cerrada. Por lo tanto, ¿nos preguntamos si en uno y otro caso hay un mismo iris? No hay más diferencia que el hecho de que uno se da continuamente, y el otro se ve interrumpido. Si dices que este iris es uno solo, di también que aquellos hombres que vuelven a nacer son los mismos; si no, no.

ALBUZZI. Pero, ¿qué dices tú?

CARDANO. Sería una difícil cuestión, pero parece que es un solo iris.

ALBUZZI. Por lo tanto, has demostrado una resurrección que es verdadera en todos los casos: no sólo en el de los hombres, sino también en el de todos los animales, e incluso en el de las plantas. Es más, como sospechaba, con esto has demostrado especialmente la inmortalidad de las almas, así que, sea como sea que veamos el asunto, las almas son ellas mismas inmortales. Sobre lo que gira la duda es sólo sobre si mientras tanto las almas inteligen o no, pues el que existan o no nada importa en absoluto, ya que el medio y los extremos son muy parecidos: mientras aquellos hombres viven son los mismos comparados de una y otra manera, como mi yo de ahora y el del pasado somos el mismo; si hablamos del tiempo intermedio, el silencio es igual lo mires por donde lo mires, ya sea que el alma sobreviva, ya sea que no, pues no entiende aun en el caso de que exista.<sup>51</sup> Por lo tanto, todo este cuestionamiento puede separarse en dos miembros, es decir, o bien las almas sobreviven e inteligen separadas del cuerpo, o no; y ello especialmente porque si no sobreviven en acto, sin embargo existen en potencia; y así cualquiera, cuando muere, vuelve con total seguridad a aquella condición con la que existió antes del nacimiento; y al volver de nuevo sólo cambia la fortuna. Así pues, de esta manera poco importa si morimos con hijos, o no, pues en la *palingenesia* los que tuvieron no los tendrán, y los que no tuvieron los tendrán; y matarán muchos a aquellos que en otra ocasión fueron parientes suyos, e incluso hijos.

CARDANO. Me place, sin embargo, demostrar esto de manera más clara.

ALBUZZI. ¿Tienes algo mejor?

CARDANO. Así lo creo.

| 64 | ALBUZZI. Habla, te lo ruego.

CARDANO. La materia prima está en potencia (por usar un término y una manera de decir más frecuentada que propia del latín) respecto a todas las formas, y también toda parte suya que no está en acto. Por lo tanto, si la materia de Sócrates, cuando Sócrates estuviera vivo, estuviese en potencia de asumir una forma humana, otro Sócrates u otro hombre podría ser generado; no el Sócrates que ya existía, ni otro, pues nunca se produce el tránsito de un individuo a otro en la misma especie. Así que, cuando al morir Sócrates perece el acto, en la materia se genera o no se genera una potencia con respecto a la forma humana. Si no se genera, entonces aquella parte de la materia deja de poder estar bajo la forma humana; y también de la

<sup>51</sup> Cfr. G. CARDANO, *Theonoston*, III (OO II, p. 407b).

misma manera cualquier otra parte; y cuando la materia entera alcance el punto final, se extinguirá la potencia con relación a la forma humana en toda la materia, y de esta manera el género humano dejará de existir en algún momento. Pero si no se extingue esa potencia, o bien será una potencia hacia alguien distinto de Sócrates, y así pudo incluso existir mientras Sócrates vivía; y si es una potencia hacia Sócrates, entonces como no podría verse frustrada en la especie, estará de nuevo bajo una forma humana, y así otra vez existirá Sócrates. Tal como las partes del cielo están en potencia con respecto al lugar, así igualmente las partes de la materia con respecto a la forma; y como las partes del cielo con respecto al movimiento, así las de la materia con respecto a las mutaciones. Ahora bien, el Sol, si hablamos de las partes del cielo, siempre está en potencia respecto al primer punto de Aries cuando no está en él, tal como lo está respecto a cualquier otro punto; por lo tanto, cualquier parte de la materia está en potencia infinitas veces respecto a la forma humana, y el mismo hombre será generado infinitas veces.

ALBUZZI. Quizá alguien diga que esa potencia relativa a la forma humana se da también en la totalidad y en cualquier parte de la materia, igual que la que hay en la ceniza con respecto a la lejía.

CARDANO. Por lo tanto, o bien la materia de Sócrates está en potencia en relación al género universal, o en relación a cada individuo. No puede suceder que lo esté en relación a todos, pues Platón no podía ser Sócrates, y no difieren sino por la materia: así que la materia de Sócrates no es capaz de Platón, por lo tanto no está en potencia relativamente a todos los individuos. Ahora bien, tampoco está en potencia en relación a algunos, pues por |66| sucesión lo estaría en relación a infinitos, y así siempre estaría en relación a éste porque no lo está en relación a aquél, pero esto no puede ser. Por lo tanto, el resultado es que esté en potencia en relación a uno solo, esto es, en relación a Sócrates: así pues, Sócrates siempre volverá en la misma materia.

ALBUZZI. Me resultarían satisfactorios tanto la opinión como el argumento si no fuera porque este regreso futuro parece bastante tardío, y después del Año Magno, es decir, después de 36.000 años.<sup>52</sup> Además, el regreso del Sol, dado que es por partes inconmensurables, nunca será quizá al mismo punto; sé, en efecto, que esto tú lo has demostrado en el libro undécimo de tu *Arithmetica*.<sup>53</sup>

CARDANO. No escribimos lo que queremos, sino lo que es verdad, pues como ya consta que la materia de Sócrates no tiene sino una sola potencia respecto a una sola especie, si tuviera esa potencia en relación a cada individuo y a diversos, habrá

<sup>52</sup> Cfr. PLATÓN, *Timeo*, 39d.

<sup>53</sup> Probablemente se refiere a un *Opus perfectum [de de mathematicis]* que contenía, según consta en la edición de 1550 del *De libris propriis*, un libro XI titulado «De mensura et divisione planorum»: cfr. I. MACLEAN, *A chronology of the composition of Cardano's works*, in G. CARDANO, *De libris propriis. The editions of 1544, 1550, 1557, 1562...*, FrancoAngeli, Milano 2004, p. 65.

infinitas potencias, y orden a la par que confusión; si la tuviera en relación a un solo individuo, entonces no puede ser sino en relación a Sócrates.

ALBUZZI. Yo diría quizá en relación al hombre, no a Sócrates ni a Platón.

CARDANO. Por lo tanto, en relación a cualquier hombre, y de esta manera yo no diferiré de ti por la materia. Dicho en pocas palabras: toda otra vía es una pura confusión. Por otro lado, ¿qué importancia tiene lo del tiempo? Quizá es porque una parte del alma del mundo tiene en un momento determinado apetito, lo cual es verosímil, puesto que no es inferior a aquella materia que, a su vez, no carece de apetito. Pero te ruego que vuelvas al discurso fijado.

ALBUZZI. Has liberado mi mente de una larga modorra, pero el libro aquel de Platón o de Luciano (pues ha sido atribuido a uno y a otro), de nombre *Axíoco*, dará satisfacción a esta tarea que me exiges, pues allí se pasa revista a las miserias de la vida humana, | 68 | hasta tal punto que finalmente ese hombre se ve obligado a desear la muerte.<sup>54</sup> ¿Qué hay más apropiado para esta labor? A no ser que me exijas que en elocuencia supere a Platón.

CARDANO. No, pero leí ese libro, y espero de ti cosas mejores, porque es fácil incrementar lo que se ha descubierto.

ALBUZZI. Tolerarías al menos que siga aquel orden, y explique sus razones, y las pula. Bien está, en efecto, «nadar con corcho».<sup>55</sup>

CARDANO. Haz como te parezca, con tal de que escuche algunos argumentos nuevos y mejores.

ALBUZZI. Lo haré hasta donde me lleguen las fuerzas, si bien son desiguales a la carga. Primero considera aquello de que nuestra vida es de mal augurio, como quiera que siempre comience del llanto. El bebé, una vez nacido, al instante aprende a llorar, y a reír no aprende sino después de cuarenta días. ¿Qué señal puede haber más cierta y más evidente de nuestra infelicidad, cuando toma su inicio del llanto? Y no creas que esto sea fortuito; al contrario, el bebé ríe en sueños, acordándose –creo– del placer y de la vida anteriores, pues ¿a causa de qué otras cosas puede reírse entonces, cuando lo que ve ni lo reconoce ni lo entiende? En todo caso, se duele de haber venido a este mundo, y se hace augurio de la miseria. De esto diría yo más cosas, pero

<sup>54</sup> El *Axíoco* es, sin duda, por su forma y su contenido, un diálogo muy particular entre los que forman el grupo de los apócrifos. En él Sócrates, en la cabecera del lecho de muerte de Axíoco, padre de Clinias, entabla con el moribundo un diálogo con la intención de demostrarle que la muerte no es temible, sino máximamente deseable. Con esta finalidad ensaya dos tipos de argumentos: en primer lugar intenta consolarlo, con poco éxito, mediante el argumento de que la muerte supone abandonar todos los males que acechan la vida del hombre; y en segundo lugar lo intenta recurriendo directamente a la inmortalidad del alma y al destino dichoso que espera a los buenos en la otra vida. Cardano acude aquí directamente al primer argumento, del que se servirá AlbuZZi a continuación generosamente.

<sup>55</sup> Expresión proverbial: cfr. HORACIO, *Sátiras*, I, 4, 120.

temo que recaería en el discurso de la inmortalidad de las almas, del que estoy completamente obligado a abstenerme a petición tuya. Pero, para proceder de la manera más breve posible, no voy a realizar un discurso acerca del comienzo de esta vida; y es que no hay nadie que alabe tanto este mundo, que no deteste y aborrezca los excrementos, los pañales, y aquella incomodidad de los bebés (en donde la sensibilidad es agudísima, y la defensa o tutela nula).

|70| CARDANO. No te afanes. La infancia se tolera por la juventud, no por sí misma: ella es más tétrica que cualquier cárcel. Pues en ésta se puede conocer muchas cosas, leer, escribir, hablar con los amigos, buscar lo que se desea, rascarse,<sup>56</sup> moverse aunque el alimento es escasísimo: para un niño todo es malo, y no hay descanso alguno.

ALBUZZI. Acudo a la adolescencia: allí a los tormentos se añaden los escarnios de la edad, puesto que a menos que uno sea de espléndida fortuna, o más precoz que el padre, se ve obligado a soportar toda clase de males. Los adolescentes son azotados desnudos, ayunan, están en vela, trabajan, son objeto de burlas, son heridos a puñetazos, están obligados a aprender, a estar en la escuela elemental como atados por los pies, cada día se ven debilitados por el hambre, por el calor y por el frío; no hay placer que no se les eche en cara; de un lado las amenazas, de otro las riñas, en los chavales ingenuos más graves que las amenazas. Se ven obligados a sustraer furtivamente todas las cosas. ¡Oh calamitosa vida en la que todos los adolescentes perecerían si no se recrearan en la esperanza de entrar en la juventud! Omito la vejez, en la que nadie que sea honrado y esté en sus cabales quiere estar, aún defendiéndola Cicerón, y no puedo condenarla mejor que lo hizo aquel autor: «Escapando ya de aquí nos sorprende la vejez, a la que confluye todo cuanto es enfermo y de frágil naturaleza. Y a no ser que uno devuelva la vida más pronto que se devuelve un as ajeno, la naturaleza, cerniéndose sobre la cabeza, como un prestamista reclama su usura: de uno la vista, de otro el oído, muy a menudo una y otra cosa. Pero si alguien se retardara en el pago, lo debilita, lo martiriza, lo priva de sus miembros. Así pues, otros a su extrema vejez volvieron a ser niños, y en cuanto a su alma dos veces niños se hacen los viejos».<sup>57</sup> Añádase lo que ve, lo que padece mientras tanto: las costumbres de los suyos, el luto, las injurias, molestias de todo género. Pero evitemos acusar a aquello que se vuelve más leve que la acusación misma, pues si quisiera recordar la caída de los dientes, el hedor de la boca, el escarnio, |72| no encontraría nunca el fin. Maldecir a la vejez es querer degollar a los muertos. Continuar con las otras edades, exceptuada la juventud, es completamente inane y superfluo. En efecto, si la juventud no es buena, ¿qué edad podría ser alabada? No quisiera usar de los

<sup>56</sup> Probablemente, en referencia al pasaje del *Fedón* (60b) en el que Sócrates se sienta en la cama, y tras frotarse una pierna, reflexiona sobre la relación que tiene lo placentero con lo doloroso.

<sup>57</sup> <PLATÓN>, *Axioco*, 367b-c. La traducción latina que aporta aquí Cardano no es la de Ficino.

testimonios de los poetas que aduce aquél; serían por ti considerados como una carga, tal como aquello:

¡Qué miserable hilo de vida tejieron los de arriba para los mortales, de modo que pasen la vida entre toda clase de aflicciones!<sup>58</sup>

Y de nuevo:

De todos los seres que respiran y se arrastran por la tierra la suerte de vida del género humano es la peor.<sup>59</sup>

Pero, al contrario, de Anfiraao:

Júpiter ama a éste con toda su alma, también el gran Apolo, y no llegó al umbral de la vejez.<sup>60</sup>

También está aquello:

Que lllore el recién nacido que entra en una vida llena de tantos males.<sup>61</sup>

No obstante, he querido añadir esto por venir especialmente a propósito, ya que te dueles de la muerte de un adolescente por haber sido arrebatado demasiado pronto. ¿Qué digo? Es como si hicieras más que dolerte por él, y de él te compadecieras. En todo caso, no omitiré aquellas dos historias que aquel autor narra allí. Por un lado, |74| la de Agamede y Trofonio, quienes cuando edificaron el templo de Apolo Pitio, como gracia que pidieron para que se les recompensara solicitaron perecer esa misma noche.<sup>62</sup> E igualmente, tras haberle pedido a Juno la madre de unos adolescentes que habían cargado con su estatua en lugar de los jumentos que les concediera lo mejor, ambos murieron esa misma noche sin enfermedad.<sup>63</sup>

CARDANO. Magnos testimonios, si es que son verdaderos. Pero, ¿quién sabe si no murieron aquellos dos por la gran fatiga y los otros por envidia, tras dárselos un veneno, y a partir de ese momento esas historias son reconducidas al ámbito de la religión? No requiero de razón alguna si admitiéramos que el alma de cada uno

<sup>58</sup> <PLATÓN>, *Axioco*, 367c; estas citas son de Homero, para la primera cfr. *Iliada*, XXIV, 525.

<sup>59</sup> *Ivi*, 367e; *Iliada*, XVII, 446-447.

<sup>60</sup> *Ibid*; *Odisea*, XV, 245-246.

<sup>61</sup> *Ibid.*; EURÍPIDES, *Cresfontes*, fr. 449 ed. Nauck; LUCRECIO, *La naruraleza*, V, 222-227.

<sup>62</sup> < PLATÓN >, *Axioco*, 367c.

<sup>63</sup> *Ivi*, 367c-d.

sobrevive a la muerte; a partir de aquí no busco auxilio alguno. Parece que, como quiera que las almas sobrevivan, todos estos testimonios tienden a remitir la muerte a un regalo de los dioses.

ALBUZZI. Dejaré esto a un lado y proseguiré. Considera primero esto acerca de los que viven: si quieren juzgar correctamente el asunto, dado que ni siquiera tienen segura una horita, habiendo tantos peligros inminentes por todas partes no sólo para ellos, sino para sus hijos, sus hermanos y para aquellos a los que más aman, viven completamente miserables. Si alguien considerara las enfermedades, las tejas, los rayos, las caídas, las ruinas, los lanzamientos fortuitos de piedras, las insidias, los enemigos, los animales venenosos y los medicamentos, no viviría nunca sino de una manera completamente miserable. Lo que alivia la miseria es la estulticia, y la propia *ablepsía*,<sup>64</sup> la cual nos permite vivir agradablemente entre tantos males, de modo que es pertinentemente alabada por algunos oradores. Pero, ¿qué hay más importante que los azares? ¿Te acuerdas de cuando aquí en la ciudad uno que compraba un poquito de aroma, al rechazar como falso un cuadrante áureo, fue golpeado por esta sola causa por el de la perfumería con un pestillo de hierro y murió al instante? No he visto a pocos perecer por causas de esta índole sin que concurriera |76| un montante mayor. ¿Qué puede ser más infeliz que esta vida? Es más, ¿quién es ese cuyos miembros, todos ellos, gozan de buena salud? Casi nadie. Una cosa diré: sólo el temor a la muerte y la costumbre hacen que no nos suicidemos todos por estas calamidades: las soportamos tal como si estuviéramos completamente avocados a padecer aquello que es deplorable. Nos liberará la muerte (solemos decir). Si su llegada fuera más querida, si no hiciese tanto acopio para sí, si fuese dudoso si no va a venir nunca, muchos correría a su encuentro. ¿Por qué viene acompañada de tan gran sufrimiento? Porque si esto no se hubiese hecho así, casi todos se matarían con sus propias manos. Puesto que, a pesar de todo, muchísimos lo harían, también las religiones prohíben el suicidio. Si la cosa no fuese deseable, en absoluto sería sancionada por muchas religiones.

CARDANO. Este argumento lo menciono en el *Theonoston*:<sup>65</sup> la naturaleza, en efecto, ha puesto entre esta vida y la muerte una cerca mortal tan dura y espinosa con el fin de contener a los hombres del tránsito. En efecto, ¿qué le hubiese supuesto, en efecto, a un poderoso artífice el disponerlo todo para que la llegada de la muerte fuera muy similar al sueño? Todos morirían a una edad inmadura, y el género de los hombres se acabaría.

ALBUZZI. ¡Bravo! Has traído a la mente otro descubrimiento bellísimo, y más digno que aquel primero, según estimo, es decir, hemos hallado la causa por la cual el mismo creador ocultó tanto la suerte que tenemos antes de nuestro nacimiento,

<sup>64</sup> En griego en el original: literalmente significa *ceguera*, pero quizá aquí tiene más bien el sentido de *inconsciencia*.

<sup>65</sup> Cfr. G. CARDANO, *Theonoston*, I: «*De tranquillitate*» (OO II, pp. 337b ss.)

como la de después de la muerte, pues por una entendemos la otra: es para que los hombres al saber eso no se apresuren a salir de esta vida; además de para que no hicieran el bien y vivieran conforme a la virtud obligados. En efecto, aquel joven ambraciota que tú también mencionas,<sup>66</sup> tras leer el *Fedón* de Platón se precipitó desde el muro, para correr en pos de esa vida, que es sin embargo fabulosa. ¿Qué ocurriría si hubiese constancia de eso? ¿Qué cárcel podría levantar un príncipe en la que los reclusos se contuvieran en esta vida?

| 78 | CARDANO. ¡Oh bello descubrimiento, bella razón! Es un deleite, continúa.

ALBUZZI. Omito la mala salud, y los peligros. Sometamos a examen el tipo de vida que llevamos: ¿piensas que es poca cosa ponerte y quitarte todos los días la ropa? Los indios le dan a esto tanta importancia, que muchos de ellos, puesto que pasan la vida desnudos, elegirían la muerte antes de sufrir esta perpetua servidumbre. De ahí a las noches insomnes; en el invierno el frío, en el verano has de asarte de calor; las pulgas, los mosquitos, las moscas, los tormentos del verano; los piojos y los chinches, todo el tiempo. ¿Qué puedes pensar que sea más repugnante o más molesto? Pero, de nuevo, me callo estos fastidios. ¿Qué decir de las comidas y las bebidas? ¡Cuán repugnantes todas! Las criadas, los cocineros, ¿con qué manos las tratan? Encontrarás cabellos, moscas y algunas cosas más sórdidas. Cada día piojos, pulgas, gusanos incluso, la carne pútrida, el pescado pasado, el agua sucia del pozo, el vino se exprime con los pies de los campesinos, el niño deja las letrinas y pasa a la mesa sin lavarse las manos. Hay un solo remedio: no pensar en nada; si lo pensaras, de inmediato enfermarías. Pasemos por alto estas cosas, alleguémonos a los criados. Nada hay más miserable: se enfurecen, roban, se alían, maldicen, conspiran, nada más duro que esta lucha, tanto que a muchos he visto muertos por este dolor; otros muchos llegaron a la desesperación: casi no hay casa que carezca de este mal. Y cuanto más opulento y más potentado se es, tanto más oprimido por estos males. ¡Oh cuán terrible cosa es la contumacia y la discordia de los domésticos! Nada peor, nada más amargo. En las casas de los príncipes es tan grande esta miseria, que al palacio lo deberían llamar la sede de los condenados. Esta condición es tan abominable, que nada peor le puede pasar a un hombre: esa lucha es perpetua, las insidias internas, el dolor y el suplicio asiduos. Y si entre estos males están la mujer y los hijos, entonces en un día perecemos miles de veces, y la vida se hace tan odiosa que nadie así quisiera vivir. Piensa cuál es el ánimo de ése cuya mujer comete adulterio, o cuyo hijo perdido por el juego y el libertinaje es un viva la vida. ¡Oh destino infelicísimo de los hombres! Otros animales no conocen la descendencia o el matrimonio, y los que los conocen, como las tórtolas y los delfines,<sup>67</sup> ni tienen esposas | 80 | adúlteras, ni hijos díscolos, de modo que el existir del ser humano es el más miserable, y supera toda calamidad.

<sup>66</sup> Cfr. G. CARDANO, *De consolatione*, II (OO I, p. 601a): Cleombroto de Ambracia; cfr. CICERÓN, *Discusiones tusculanas*, I, 34, 84.

<sup>67</sup> Cfr. PLINIO, *Historia natural*, IX, 8, 21; X, 34, 104.

Quizá digas que él se deleita mediante los sentidos. ¿Qué novedad percibimos? A diario el placer del hombre viene por la contemplación de las mismas cosas, doce o poco más: el cielo, la tierra, las casas, el Sol, la Luna, los astros, los campos, los ríos, los hombres, los caballos, los bueyes, los perros. Ésta es quizá la suma del placer, volver siempre a las mismas cosas. Y lo mismo puede decirse del oído, e incluso en este caso es más evidente. ¿Qué decir de los otros tres sentidos, que parecen haber sido creados más para el dolor que para el placer? Me objetarás la ciencia. ¿Quién sabe más que tú cuán pocos son los que se dedican a las letras? Después este saber nuestro, ¡cuán más parecido es a una fábula y a un castigo, que a la ciencia! Oscuro, imperfecto, confuso, dudoso, inane, fatigoso, leve, es decir, ha contraído toda clase de vicios. ¿Qué placer hay en fatigarse durante tanto tiempo para no saber nada, o incluso para engañarse grave y perniciosamente? Después, ¿de cuántas y cuán importantes cosas hay necesidad para llegar a la ciencia? Primeramente hay que aprender los elementos, después la gramática, después la dialéctica, escribir, discutir, dedicarse a la filosofía: ¿tantas y tan importantes cosas para que entiendas un solo y mísero discurso en parte falso, en parte inepto, siempre incierto? Pero dejemos a un lado este placer que estaba bien lejos de aquel adolescente tuyo. Aluguémonos a la culminación de la felicidad juvenil: el amor y el placer sexual, por el cual aquél pobre desgraciado (según he sabido de ti) murió. ¿Qué hay que sea más infeliz a nuestra edad? Amar con dolor es ponerse al servicio de una mujer completamente disoluta. Ahora me parece que es adrede el que una pésima calamidad se haya mezclado con ese máximo placer: me refiero al hecho de que eso único que es para los hombres dichoso se pierde por completo; hablo de esa epidemia indiana, tan perniciosa, contumaz, inexpugnable, repugnante y horrible, muy parecida a la elefantiasis; incluso hay muchos que creen que es esta misma enfermedad.<sup>68</sup> ¿Qué más | 82 | podemos esperar, cuando incluso hay pocos reyes que carezcan de este mal? Acerquémonos a las tareas públicas: ¿qué hay peor que esto? ¿Qué región está actualmente segura? Son disidentes entre sí y luchan príncipes con príncipes, ministros con ministros. Mejor es ser un corzo que un hombre: ambos están en peligro, ambos pueden ser impunemente aniquilados, pero el hombre vive en una condición peor, puesto que él, mientras tanto, teme que le ocurra más fácilmente y porque es torturado durante más tiempo y de muchas maneras. No está segura tu mujer, ni tus hijos, ni tus riquezas por la injusticia de los ministros. Pocas son

<sup>68</sup> La confusión entre la elefantiasis, la lepra y la sífilis era bastante común al menos en la primera mitad del siglo XVI. Paracelso, por ejemplo, decía que la sífilis se originaba de la combinación de la lepra y una infección de tipo venéreo (“bubas”). Sin embargo, Girolamo Fracastoro sostenía que la elefantiasis y la lepra eran la misma enfermedad, y se diferenciaban de la sífilis. Según éste era habitual que sus contemporáneos confundieran la lepra griega (sarna) con la verdadera lepra y la elefantiasis con la sífilis: cfr. N. BRODY, *The Disease of the Soul. Leprosy in Medieval Literature*, Ithaca, New York 1974, pp. 54-57.

actualmente las provincias inmunes a este mal, tal como se ve ahora en el caso de las casas de los potentados, de las ciudades, de los pueblos. El rico se ve obligado a exponer lo que tiene. El pobre lo que se ve obligado a dar no lo tiene. No sabrías si es más miserable mendigar a pesar de que eres rico, o no verte seguro a pesar de ser pobre. En otro tiempo había quienes los romanos llamaban ‘no censados’, y los griegos ‘*aporológētoi*’; ahora nadie es así; es más, cuanto más pobre, tanto más oprimido por impuestos. En definitiva, ¿qué pobre puede sufrir esto o parecer bueno? Los dioses me libren a mí y a todos los honestos de la muerte, pero habría sido un más grato regalo el no nacer para vivir así y así morir. Esto siempre ha existido, pues no me quejo de esta época, ni culpo a los príncipes; digo que siempre ha existido esto, es decir, que los peces mayores se zampen a los menores. ¿Qué esquina del mundo es inmune a esta calamidad, de modo que no te veas obligado o a hacer el mal, o a sufrirlo? ¡Oh destino humano! Pues (como he dicho) no critico a los tribunales de justicia, ni a los magistrados, sino a un destino tan amargo como para que estemos obligados a ser míseros de una y otra forma. ¡Oh infeliz condición nuestra! Pero dejemos de lado esto, con tal de que entiendas que debemos alegrarnos por los muertos, y condolernos por los vivos. ¿No te conmueve eso por lo que dicen que Demócrito se cegó a sí mismo,<sup>69</sup> es decir, porque los óptimos lo pasan mal, pero los pésimos son felices, y te oprimen y | 84 | se ríen de ti? ¿Acaso puedes soportar esta injuria, esta desvergüenza, esta injusticia, y vivir? Si hay que vivir al arbitrio ajeno, y al de los más pésimos hombres, ¿qué muerte puede ser peor que esta vida, o qué vida no es más miserable que esta muerte? Sería suficiente sólo con esto entre tan grandes calamidades para afrontar la muerte, ¿o es que no envidias por todo esto a los que ya están muertos? ¡Oh nimio amor de esta luz! ¡Oh estúpido pensamiento! Si es que no juzgas por esto solo a los muertos como felices, es decir, porque carecen de toda miseria, de todo miedo. Convengamos en que los bienes se equiparen a los males, lo cual sin embargo nunca darás por sentado, pues ni en multitud, ni en magnitud, ni en perseverancia podrán ser iguales. Pero convengamos en que lo sean: ¿te quitarás de encima el temor y la sospecha? ¿O es que confrontarás esto con la esperanza, la cual, si bien es el solaz del miserable, como suplicio menor que es, ella misma sin embargo es por sí un tormento, y no leve? Quien espera siempre teme, aguarda en vano, está perpetuamente ansioso. Dejo a un lado cuántas miserias les ocurren a aquellos desgraciados que viven en medio de las turbulencias de la religión, en donde no hay nada que esté seguro, ni tranquilo. Dejo a un lado las calamidades a gran escala: la peste, las batallas, la penuria, el terremoto, la inundación y seiscientos males. ¿Y dudas de si es mejor estar muerto que vivir? ¿Acaso crees, amigo mío, que por un error de la naturaleza nuestra vida ha sido hecha tan breve que no puede superar la vida de las cornejas y de los ciervos? ¿Qué injusticia, qué demencia fue la de la naturaleza? Nos ha dado en suerte trescientos años de vida, pero la perpetua ansiedad

<sup>69</sup> Cfr. PLUTARCO, *De curiositate*, 521c13.

en la que vivimos y la debilidad que causa esto en nuestra naturaleza la hacen breve; incluso en el caso de que el hijo no sea absolutamente consciente de ello, sin embargo por justicia hereditaria le cae en suerte una vida breve, puesto que el padre, el abuelo y el bisabuelo vivieron en esa perpetua aflicción,<sup>70</sup> y no sólo ellos, sino también la | 86 | madre, el abuelo y la abuela maternos, y los bisabuelos. ¡Ay de la infelicidad de nuestra situación, vivir siempre en la ansiedad y las preocupaciones! ¿Qué digo vivir? Languidecer. Por eso dicen que Aristóteles al morir afirmó aquello: «Suciamente entré en este mundo, viví lleno de ansiedad, perturbado salgo de él: causa de las causas de mi desgracia».<sup>71</sup> ¿Qué más sabio, si es que lo dijo? ¿O qué más verdadero, incluso en el caso de que no lo dijera? ¿Quién de sano juicio podrá lamentarse de abandonar esta vida molesta, que sólo es ansiedad?

CARDANO. Me ha persuadido este discurso tuyo, proferido desde un ánimo amigo, óptimo igual que la opinión que de ti tengo y unido como está a esa vehemencia. Y no dudo de que, en el caso de que aquel muchacho exista aún (a menos que sea desgraciado, lo cual es imposible), el que piensa que él regresará al mundo de los vivos tampoco lo rechazará; ni dudo de que sea necesario por muchas razones que él (a menos que se vea coaccionado) quiera aceptar esta condición; ni dudo de que esto se identifique con aquel dicho de Virgilio cuando habló de las almas que de nuevo iban a volver: «Y beben largos olvidos»,<sup>72</sup> que es como si dijera que, a menos que nos engañara un gran olvido, nadie habría que quisiera regresar al mundo de los vivos, a tan gran miseria, a tantos peligros, a tan dura servidumbre. Estamos obligados a servir a los sentidos, y cuando los hemos servido, se presenta la infamia, y los peligros, y el arrepentimiento; si rehusamos, seremos torturados perpetuamente hasta que sucumbamos. ¿Qué tiranía es ésta? ¿Qué injusticia? Pero continúa, te ruego que si tienes otra cosa la añadas.

ALBUZZI. Tú mismo has rellenado plenamente las partes que me corresponden, y me alegro no por mí, sino por ti, y de que te hayas persuadido. Sin embargo, había omitido yo aquella esperanza casi perpetua, las delicias de las comidas y las bebidas, las cuales son las únicas en las cuales los ricos han hecho descansar su felicidad, pues saben que los placeres sexuales son abolidos por la vejez; y si lo intentaras, además de que las mujeres te rechazarían, a ellas y a los jóvenes les servirías de burla. Las

<sup>70</sup> El texto alude a una teoría de Cardano según la cual la vida del hombre debería durar 260 años, y de hecho duraría tanto si no fuera porque el hombre comete errores (algunos de ellos casi necesarios). Cada vez que goza del amor, come disfrutando o con mala dieta, trabaja, ambiciona, etc. se le van descontando años: cfr. G. CARDANO, *Opus Novum de Proportionibus Numerorum*, propositio 163 (OO IV, pp. 566-569); MARKUS FIERZ, *Girolamo Cardano (1501-1576), Physician, Natural Philosopher...*, Boston 1983, pp. 74-76.

<sup>71</sup> Se trata de un aforismo latino de origen desconocido: se supone que son las últimas palabras de Aristóteles.

<sup>72</sup> VIRGILIO, *Eneida*, VI, 715.

riquezas no aportan por sí mismas el placer. El juego de azar deleita poco | 88 | al anciano; y si perseveraras, no es que se burlen de ti, es que te ridiculizan. La autoridad del magistrado, su ejercicio, todo se ve debilitado con la vejez. ¿Qué digo debilitado? Muerto. También la familiaridad con los príncipes es algo que cae completamente en el olvido: eres objeto de risa, eres rechazado, eres evitado. En consecuencia, tan sólo en el placer de la comida y la bebida descansa la esperanza de felicidad, y por ello toda la alegría, pues no puede ser alegre sino lo que es seguro, y sólo esto es seguro: el poder disfrutar del placer del gusto por siempre. Pero mira también cuántas cosas malas se mezclan con este bien tan exiguo: primeramente no le conviene a los pobres, pero además es que el paladar se corrompe con la vejez; después, si no colmas el deseo, especialmente el de la bebida, la cena se vuelve tantálea;<sup>73</sup> si lo colmas, te sientes pesado, y por un placer brevísimo te ves atormentado por un largo dolor. ¡Oh infeliz condición, y además vergonzosa! Pero di 'me deleitaré'. ¿Acaso tu discusión acerca de la excelencia de la vida se lleva a cabo en el terreno de la recta opinión, o en el de lo que piensa el populacho?

CARDANO. En el de la recta opinión.

ALBUZZI. Aquí es adonde quiero que vengas, y en donde deseaba que estuvieras, pues ¿qué placer puede ser verdadero si no posees el objeto de tu deseo? ¿Qué vida es, en efecto, encontrarse en un tormento perpetuo? Y es que tampoco nadie en sus cabales desea vivir por siempre consumido con un carcinoma, o tísico, o hidropésico, tanto más cuanto que lo que va a resultar como final de estas enfermedades es la muerte.

CARDANO. Lo reconozco: así es.

ALBUZZI. Ahora bien, los tormentos del alma son mayores que los del cuerpo, y efectivamente por los tormentos del alma muchos eligieron para sí mismos la muerte; por los del cuerpo, poquísimos: es más, apenas uno solo o dos se lee que afrontaron una muerte voluntaria. Además, los tormentos del alma nunca abandonan al hombre, mientras que los del cuerpo no pueden ser perpetuos: o bien acaban con la vida, o bien remiten. Por otro lado, los tormentos del alma tocan de lleno a la persona, mientras que los del | 90 | cuerpo, si alguien los lleva con paciencia, son exactamente como si no existieran. Además, los tormentos del alma no reciben medicamento, no se alivian con medicinas como los del cuerpo. Finalmente, el dolor del alma y su causa acarrean el menosprecio y muchos males externos, como los de la injuria, o la repulsa, o el juicio injusto, pero el dolor del cuerpo supone la conmiseración sin menosprecio. Por lo que si esto es así, es mayor el dolor del alma que el del cuerpo, y angustia más.

<sup>73</sup> De Tántalo, mítico rey de Frigia y padre de Pélope y Níobe. Con ocasión de un banquete inmoló a su hijo Pélope y se lo sirvió como plato a los dioses. Éstos le castigaron en el Infierno con un hambre y una sed perpetuas. Aplicado, pues, el término a la comida significa que ésta no satisface.

CARDANO. Lo reconozco.

ALBUZZI. ¿Acaso ves a dónde te he conducido?

CARDANO. La verdad es que no.

ALBUZZI. Si los tormentos del alma son mayores y más dignos de que por ellos afrontemos la muerte que los del cuerpo, y por los tormentos del cuerpo es digno que afrontemos la muerte, necesario desearla, común el soportarla, alegre salir muerto de esta vida (si es que se puede decir así), ¿por qué no también por las asiduas torturas del alma? ¿Me comprendes?

CARDANO. Te comprendo, pero no alcanzo a dónde pretendes llegar; en todo caso, te presto mi asentimiento.

ALBUZZI. Lo pondré de manifiesto tan sólo con dos palabras: quien padece la injuria, quien no mantiene su estima, se ve perpetuamente atormentado. De ahí aquella expresión ciceroniana: «¿Por qué quieres vivir cuando no eres lo que quieres ser?»<sup>74</sup> ¿Lo entiendes ya?

CARDANO. ¡Ay, cuán bellamente has deducido esta conclusión!

ALBUZZI. Tú sólo piensa si aquél podría retener su reputación en estos tiempos en los que tú y yo apenas podemos vivir seguros, y protegernos; piensa si él podría llegar hasta la vejez sin injuria, y entenderás que con la muerte es feliz.

CARDANO. Completa las demás partes a las que te comprometiste, pues en ésta bien que me has satisfecho.

ALBUZZI. ¿Qué partes?

CARDANO. Que demuestres también que no me hubiera beneficiado a mí el que viviera, y por ello tampoco a ninguno de los dos, ni a los suyos.

[92] ALBUZZI. Lo haré, por Hércules. Pero quiero que me concedas, ya que me urges, que si concurre algo que tenga que ver con la primera parte, pues es la más importante (y ni siquiera es digno que Girolamo Cardano se duela por su propia causa, y esté de luto), pueda yo entremezclarlo en el discurso.

CARDANO. Me parece bien.

ALBUZZI. De repente se me ocurre otro género de argumento por el que alguien en sus cabales debe preferir la muerte, aun en el caso de que no se vea vejado por ninguna calamidad o preocupación. ¿Acaso no son considerados felices los que han muerto felices? ¿Y miserables aquellos que han muerto desgraciados? ¿Decimos que Alejandro y César fueron felices, mientras que Príamo desgraciado? Por ello hay quien pone en duda si Príamo, en el caso de que se hubiese muerto antes de la muerte de sus hijos, podría haber sido calificado de feliz, y hay quienes ponen la muerte como límite de la felicidad, según aquello que dice el Poeta:

[Hay que esperar  
siempre el último día de un hombre, y a nadie se le debe llamar

<sup>74</sup> CICERÓN, *Epistólas fam.*, VII, 3, 4.

afortunado antes de la muerte y de las honras fúnebres.<sup>75</sup>

Por lo tanto, cuéntese entre los bienes el prevenir las calamidades de la desventura, y sea situado como un beneficio el que, si un padre y un hijo van a ser condenados, el padre sea ajusticiado antes. Por ello, según Plutarco, cuando los hijos y la mujer de Cleomenes fueron llevados al suplicio, y la madre no pudo conseguir que la mataran a ella antes que a sus hijos, Estrásiclea (pues así se llamaba) dijo: «*tékna poi emólete?*» esto es, «Oh hijos míos, ¿hacia dónde os habéis ido?»<sup>76</sup> Un mísero beneficio consideraba que era ser ajusticiada antes que ellos, si lo hubiese conseguido. ¿Por qué quien con la muerte previene todos los males no debe ser llamado feliz y afortunado? Y es que no hay ni un solo mortal al que no le ocurra alguna desgracia si llega a la vejez; y si lo hubiera, a ése le diremos ‘nacido de Júpiter y Juno’. Por este motivo, según creo, los poetas dijeron que de ellos dos no nació ningún hijo, pues nadie está libre de |94| cualquier calamidad. Así pues, ¿qué más feliz le puede suceder a un hombre que morir de tal manera que no puedas ser infeliz? Pero acudo a tu razonamiento. Si algo puede o ha de ser para ti penoso, ocurre por uno de estos dos motivos: o bien por amor, que es más universal que la amistad (por eso ignoro cómo tu pupilo fue dividido entre la amistad y ese amor que es la causa del placer y de la utilidad; en todo caso, omito buscar las asperezas y los nudos), o bien por conveniencia. Ciertamente por ninguna de esas dos causas debes darle a aquél tanta importancia como para dolerte y afligirte por él, pues, en lo relativo a la utilidad, por un coste menor podrás encontrar a otro, y más en razón de que sobre otro mandarás más libremente que sobre éste, ya que por caridad lo respetabas y aquél por seguridad más fácilmente delinquía.

CARDANO. No digas eso, amigo mío; nada había más íntegro, más fiel, más humano, más paciente, más obediente que ese muchacho.

ALBUZZI. Todo de derecho. Pero, entre estas cualidades, ¿qué es lo que pones por delante?

CARDANO. Para empezar, él me amaba mucho.

ALBUZZI. Yerras por dos veces. ¿Cómo lo sabes? ¿Qué tiene que ver eso con la cuestión? Pues ahora estamos tratando de la conveniencia.

CARDANO. Era vigilante y diligente, honrado.

ALBUZZI. ¿Cómo lo sabes? El amor aboga por esto, no la realidad misma. Tengo argumentos en la dirección contraria, pero no ha convenido aducirlos.

CARDANO. Que se aduzcan. Probablemente no hagan por aliviar mi dolor.

ALBUZZI. No es necesario; y ello porque, al tratarse de la conveniencia, sería sumamente vergonzoso querer consolar a Cardano, despreciador como es no sólo de todas las cosas convenientes, sino también de muchas necesarias.

<sup>75</sup> OVIDIO, *Metamorfosis*, III, 135-139.

<sup>76</sup> PLUTARCO, *Vidas de Ajax y Cleomenes*, 59, 10, 1.

CARDANO. Era sobre manera fiel, tanto como no se puede ser más, conocedor de mis costumbres, paciente, laborioso, humano, modesto, diligente, obediente, amante de mí y de los míos, púdico, pío, no obsceno, ni soez, ni inconstante; no era avaro, que estaba satisfecho con poca cosa; tampoco jactancioso, por lo que era totalmente bueno y honesto.

ALBUZZI. Sea todo esto que dices. Encontrarás a uno mejor en lo que atañe a la utilidad, y con un gasto menor.

|96| CARDANO. Lo reconozco, porque querré mandar sobre él con más libertad, no porque sea mejor. Pero también después de que salió él de mi casa, en este año he echado y cambiado a más de doce sirvientes, pues ninguno pasó de un mes. Como la cosa está así, confío en que podré encontrar a uno más útil por eso que he dicho, pero a ninguno que sea para mí tan grato.

ALBUZZI. Por lo tanto, hay que tratar del amor. ¿Ninguno era para ti más grato? ¿Ninguno lo podrá ser? Pero, ¿por qué causa? ¿Sólo porque fue educado en tu casa? No podrás aportar ninguna otra causa. Soportaste pacientemente la muerte de un hijo, ¿y no podrás soportar la de un criado? En definitiva: ¡avergüénzate de estas niñerías!

CARDANO. Lo que dices es verdad, pero en todo caso me inspiran compasión los suyos que lo esperaban, pues de ambos juntos, es decir, de mí y de él mismo, dirás lo mismo que de cada uno; y es que las dos causas nada en absoluto significan juntas la una con la otra.<sup>77</sup>

ALBUZZI. Eso para mí no es problema; en todo caso, poco debe atormentarte la inconveniencia ajena. A aquél no le ha ocurrido mal alguno: si los hermanos eran ricos, son más ricos; si no lo eran, ni siquiera se preocuparán por si vive, a menos que su vida les fuese útil, pero apenas podía serlo. De ahí que sea también digno de consideración eso de que los ingleses no se preocupan nada por la muerte, o poco. Y desde luego con razón, en tanto que la muerte es el último de todos los males, y en tanto que es necesario soportarla alguna vez; y es menos malo experimentar una vez lo que hay que experimentar, que temerlo tan a menudo y durante tanto tiempo. Así pues, si no temen su propia muerte, es verosímil que se duelan mucho menos por la muerte ajena o por la de los hermanos o amigos. Y es que me consta, por lo que he oído de ti, que él carecía de padres. Pero, ¿no es verdad eso que se dice de ellos, es decir, que son resueltos y alegres a la hora de aproximarse no sólo a la muerte, sino al suplicio?

|98| CARDANO. Muy verdadero: saludan a los suyos, y abrazan a sus hijos y se los confían a los hermanos. Dicen que se van a una vida inmortal, que allí los esperan, y los exhortan a que honren a cambio su memoria. Soportan alegres la

<sup>77</sup> La frase es verdaderamente oscura: «*duae enim notae nullius: nihil prorsus significant invicem iunctae*» Puede interpretarse esas *duae notae* en referencia al amor y a la conveniencia como causas del pesar que Cardano sentía hacia el joven Guillermo.

última hora, sin ninguna palidez, sin balbucir nada, con firmeza. Son dignos de toda misericordia, ellos que van al encuentro de la muerte con tan resuelto ánimo, y no tienen compasión de sí. De este pueblo fue este criado mío.

ALBUZZI. ¿Qué aspecto corporal tienen? ¿De qué costumbres son?

CARDANO. El aspecto es muy parecido al italiano: son blancos, más blancos que nosotros; no tan rubicundos, y de pecho ancho. Entre ellos algunos tienen una extraordinaria altura corporal, son mansos por costumbre y amigos de los forasteros, pero son fácilmente irritables, y entonces son de temer. Son fuertes en la batalla, pero menos cautos; son bastante ávidos de comida y bebida, pero no tanto como los alemanes; al sexo están más inclinados que dispuestos. Entre ellos hay preclaros talentos. Una prueba de ello es Escoto<sup>78</sup> y Suisset,<sup>79</sup> a los que no hay nadie que pueda superar. Sus hábitos son como los de los italianos; en efecto, se jactan de buena gana de estar más cerca de ellos, y por eso se afanan cuanto pueden por imitarlos en costumbre e indumentaria, pues en cuanto a su aspecto físico son también más semejantes a ellos que a los alemanes, a los franceses y a los españoles. Es verdad que todos los europeos extranjeros aman más a los italianos que a los otros pueblos que son diferentes. Poco faltó en las proximidades de Bélgica para que nos degollaran a todos por un cierto adolescente semejante a un español que tenía conmigo, pero quizá aquéllos desconocen nuestros crímenes.

ALBUZZI. No todos somos malos, no por todas partes hay tantos malvados. Pero continúa.

CARDANO. Son fieles, y liberales, y ambiciosos. Pero por lo que atañe a la fortaleza, más admirables son las cosas que hacen los escoceses de los bosques, | 100 | los cuales cuando son conducidos al suplicio llevan consigo a un flautista; y aquel a menudo, incluso cuando está entre los condenados, tocando los conduce danzantes a la muerte.

ALBUZZI. Quizá hagan eso con más acierto que las plañideras que tenemos nosotros; y ello porque, como he dicho, dado que las almas son en todo caso inmortales, para el hombre bueno, sea cual sea el tipo de inmortalidad, cualquier muerte es preferible a esta vida. Pero, ¿tú penetraste hasta el territorio de los escoceses?

CARDANO. Y tanto; además, me inicié en un gran placer viendo tantas provincias. Así pues, al menos este placer lo tienen los mortales.

ALBUZZI. Más bien miseria, y no leve. Piensa cuántos ardores en el alma, cuánto frío en el cuerpo, cuántos peligros para la vida, cuántas incomodidades soportaste.

CARDANO. Cierto es lo que dices, pero yo no me daba cuenta.

<sup>78</sup> John Duns Scotus (1266-1308).

<sup>79</sup> Richard Swineshead (o Suisset): matemático, lógico y filósofo natural inglés del siglo XIV (fl. 1340-1345). Su obra magna consta de una serie de tratados conocidos conjuntamente como *Liber calculationum*. Esta obra, editada en 1350, le granjeó el nombre de Calculator.

ALBUZZI. Así lo estimo, pero no por ello debe decirse que son menores esos sufrimientos, es decir, porque no los sentías. Incluso en el caso de que no hubiera otro inconveniente que el de no ser entendido, ni entender la lengua de aquéllos, ¿no era eso especialmente incómodo?

CARDANO. Es verdad; y tanto más cuanto que estando en Inglaterra, cuando recorría a caballo la región cercana a Londres, me admiraba del hecho de que me parecía estar en Italia. Cuando inspeccionaba a los propios ingleses sentados junto a mí, pensaba con toda seguridad que estaba entre italianos: por la forma, como he dicho, las costumbres, los hábitos, el gesto, el color; sin embargo, cuando abrían la boca no entendía ni una sola palabra; y me quedaba pasmado de que fueran algo así como italianos enloquecidos y descerebrados. En efecto, con la lengua doblada hacia el paladar retuercen las palabras en la boca, imitando con los dientes un cierto sonidito estridente.

ALBUZZI. Pero, ¿qué agrado podía haber en el que se acordaba de sus hijos? Sólo con esto nada podía ser agradable. Después, ¿a qué mortal le toca esa rara ave: ser llamado de tan lejos por un dinero ajeno y abundante, y que no sólo resulte conocido por sus escritos a todos los pueblos y provincias, sino que también les sea grato?

CARDANO. Cierto, pues tanto me atormentaba la memoria de los míos, que por ello habría pedido mi regreso, y lo habría obtenido.

ALBUZZI. Luego si a la sazón aquel viaje fue alegre, fue un don tuyo, no de todos ni de muchos, ni del viaje o de los viajeros.

| 102 | CARDANO. No fue agradable sino en la medida en que fui auxiliado por la estulticia y el olvido.

ALBUZZI. En todo caso, no debes ni dolerte ni sorprenderte de tantas adversidades como te han ocurrido, especialmente en torno a tus hijos, pues las demás cosas son leves y exiguas si se las compara con semejante mole de males, o de gloria. Dios, en efecto, suele igualarlo todo. Pero quizá alguna vez llegarán cosas más felices.

CARDANO. ¿Cuándo? ¿Cuando esté *pémpelos*?<sup>80</sup>

ALBUZZI. ¿No sabes que Aristóteles, cuando habla de la fortaleza, dice que el fuerte muere feliz porque en el preciso momento de la muerte toma tal placer de la virtud con la que cumple entonces muriendo, que se considera a sí mismo feliz y merece que se lo digan?<sup>81</sup> Por lo tanto, ¿qué pasa si eso ocurre en los últimos meses, tanto más cuanto que nadie es tan anciano que no pueda proponerse a sí mismo un trienio más de vida, y por esa razón te verás bastante restituido incluso aunque sea tardíamente?

CARDANO. ¿Pero me veré alguna vez restituido en cuanto a mi hijo?

<sup>80</sup> Decrépito.

<sup>81</sup> Esto, en verdad, es una versión bastante libre de lo que tenemos en la *Ética a Nicómaco*, III, 9, 1117b5-22.

ALBUZZI. Te mostraré un poco después qué importancia tiene esto; en todo caso, por lo que he oído de ti, ya fue tarea tuya el consolarte en el *Theonoston*.

CARDANO. Sin embargo, se ha añadido una nueva preocupación, y no me deja descansar.

ALBUZZI. ¿Cuál?

CARDANO. La detracción del sueldo, completamente injusta.

ALBUZZI. ¡Oh! ¿Entre tan graves lutos hay lugar para traer a la memoria tan leve pérdida?

CARDANO. No por eso, sino porque esa disminución ha sido llevada a cabo por los mismos que condenaron a mi hijo; ya comprendo aquello que sospechaba, es decir, que fue injustamente condenado por odio a mí: esto es lo que me tortura.

ALBUZZI. Quizá ocurrió aquello que se lee en Aristóteles: «Al centellear el cielo, Sócrates murió».<sup>82</sup> De modo que esa detracción ocurrió por otra causa. En todo caso, si esa preocupación tanto te atormenta, como es justo, ¿qué es lo que te figurabas de aquel criado?

| 104 | CARDANO. Esto no puede explicarse con pocas palabras. Han sobrevenido ciertas cosas, mientras estoy de luto por mi criado, por las que he entendido que mi hijo pereció más por el odio hacia mí que por su crimen; y también he sacado en limpio que aquella detracción tuvo la misma raíz. Por lo que, en lo sucesivo, esa detracción sirve de firme argumento de la crueldad que se cometió sobre mi hijo.

ALBUZZI. Mal hecho, si es así. Pero ten cuidado no te vayas a engañar. Todas las cosas han de ser interpretadas en su parte más suave, no sólo porque sea así apropiado, sino porque ello guía a aquellos que se ven afligidos, como voy a decir en breve. E iba yo a decirlo de inmediato, pero tengo una doble inquietud respecto a lo que ya has dicho, me explico: ese regreso de los hombres no podría ser verdadero, puesto que no es necesario que se dé la misma materia prima, sino la segunda, es decir, el mismo cuerpo formado de los elementos, cuya forma es el alma, para que se restituya el mismo hombre. Ahora bien, esto no ocurrirá nunca en la eternidad. La otra duda es la siguiente: cuando un niño de dos años –lo cual ha ocurrido en más de una ocasión en estos años a causa de las guerras– ha sido robado por extranjeros y ha sido trasladado a Asia, en donde va a aprender el idioma extranjero tras olvidarse por completo del suyo y desconocerá a sus padres y su patria, ¿en qué medida ese niño, al llegar a la juventud, es él mismo en lugar de otro extranjero? Es verdad que para sí mismo es la misma persona. Y si fuera reconocido por sus padres y rescatado, no sería querido de otra manera que si hubiese sido criado sin interrupción en su casa; y, sin embargo, él no se acuerda de nada: por consiguiente, ¿qué le importa a ese joven que él fuera aquel niño u otro? No sé si entiendes lo que te digo.

<sup>82</sup> Texto de origen desconocido, no testimoniado en Aristóteles. En todo caso, su sentido aquí está relacionado con la vinculación accidental de dos hechos que no tienen ninguna relación entre sí.

CARDANO. No como quisiera.

ALBUZZI. Ni tampoco yo puedo explicártelo como quisiera. Si tú moriste, ahora has nacido, el alma descansa durante el tiempo intermedio, pero desprovista de sentido: ¿qué te importa a ti el que ya antes hubieras nacido el que eres tú, o el que soy yo, como quiera que ni aquél sabía que esto iba a ocurrir, ni ese conocimiento de ti mismo se da a lo largo del tiempo, ni tú entonces lo sabrás? ¿Acaso a aquél 'tú mismo' (no puedo decirlo como quiero) no le da lo mismo que seas yo como que seas tú?

| 106 | CARDANO. Y, sin embargo, hay una grandísima diferencia: yo, en efecto, soy aquél, y esa seguridad me ayuda, es decir, la de que voy a volver, y habiendo cambiado la fortuna de cara a costumbres y actos.

ALBUZZI. Te digo que está bien. Sin embargo, esto es lo que especialmente me mueve a dudar: cómo es y cómo se da esa línea divisoria: la tuya que te separa de ti mismo primeramente, y en segundo lugar de mí.

CARDANO. Lo mismo pasa en el caso del que duerme, en el del enfermo que ha yacido largo tiempo inconsciente, en el del que ha perdido la cabeza.

ALBUZZI. Sé que se da esa separación en todos, pero pregunto cuál es.

CARDANO. Para reconocer la verdad, no sé qué decir; lo veo y no lo veo, y eso puede unirse a las otras tres dudas de las que nunca he podido (por más que las cosas parezcan estar ante mis ojos) encontrar una solución que me satisfaga plenamente.

ALBUZZI. ¿Cuáles son?

CARDANO. Una es: ¿acaso es falsa o verdadera la frase 'yo digo algo falso'? La segunda es: todas las compras pueden dirimirse por una pequeña cantidad de dinero, lo cual parece también más que absurdo. La tercera: ¿cómo es que se densifican los cuerpos, como el agua y el aire, cuando las cosas que tienen una forma diversa no pueden penetrarse?

ALBUZZI. En otra ocasión meditaremos sobre estos asuntos. En todo caso, libérame ahora al menos de la primera perplejidad, si puedes.

CARDANO. Haré como dices. Es patente que esa materia que llamas 'segunda', si no se interpone ninguna otra alma, es la forma, y por ello es común, mientras que la parte subyacente de la materia prima es el origen de la diversidad.

ALBUZZI. Común no es, sino variada en virtud de la naturaleza de los hombres.

CARDANO. Sí, es verdad, en razón de los accidentes y coadyuvando el influjo de las estrellas, pero no en virtud de la esencia. En efecto, si la forma humana es la misma que el alma, y una y otra son producidas por la mezcla de los elementos, es evidente que esa forma es una sola, pero varía por la materia, pues no es la forma tener dos ojos, una lengua, dos pies y lo demás, sino una cierta potencia y una perfección en el corazón, la cual siempre está culminada en todo hombre; esta forma, por consiguiente, no recibe ninguna variedad sino de parte de la materia prima.

ALBUZZI. Es suficiente. Pero si te parece bien, reduzcamos esta discusión de hoy y lo que hemos dicho a unos pocos puntos.

| 108 | CARDANO. Eso será más que hermoso, y especialmente si, además de eso, adornaras aquellas ideas que vayas a reunir.

ALBUZZI. Me parece bien. Así pues, primeramente se ha demostrado que las almas son inmortales: y se habla, sea como sea, de la propia alma de cada uno, no de aquella alma general ficticia. Por otro lado, también los hombres son ellos mismos palmariamente inmortales, pero por intervalos mueren y resurgen, y en un número infinito de veces cada uno vuelve a este mundo, y ello porque es absurdísimo pensar en una infinitud de almas sin cuerpos, siendo en cambio infinitos los hombres siempre con almas cambiadas. Por el contrario, es necesario que vuelvan infinitas veces, para que un número determinado de almas sea compatible con la eternidad, pero aun retornando ellas, no es necesario que vuelva la misma forma, ni las costumbres, ni la fortuna, ni el nombre. En todo caso, muy a menudo ocurre que los mismos maten a quienes en un tiempo anterior fueron sus hijos, y a sus hermanos y a sus padres; y que, al revés, tengan por hijos a los que mataron; y que sufran en desquite las mismas cosas que ejecutaron injustamente en otros; además, que los ricos mendiguen, y los mendigos sean ricos; y que todas estas cosas se vuelvan de alguna manera circulares, de modo que todas se igualen prácticamente según el ejemplo de las estrellas, aunque no sea exactamente, ni a intervalos tan breves como desearían los mortales. Por lo demás, en el tiempo intermedio pueden pasarles tres cosas a las almas separadas del cuerpo: o bien que sobrevivan e intelijan, lo cual es más verosímil y más deseable, y más coherente con la razón, y ello porque igual que los que están despiertos se acuerdan de aquello que vieron en sueños, y los que duermen no se acuerdan de lo que vieron estando despiertos, así después y antes de la muerte nos acordamos de la vida pasada, y miramos con más certeza las cosas presentes; cuando descendemos a este sueño, es decir, a esta vida presente, no nos acordamos sino en la primera infancia. Después, al sobrevenirnos nuevas imágenes de las cosas presentes, en tanto que son más efectivas, nos olvidamos inmediatamente y de forma completa de aquellas cosas que vimos en la vida anterior.

La segunda posibilidad es que el alma permanezca inmersa en alguna materia careciendo casi de todo conocimiento, pero no completamente, sino que no desconoce un cierto objeto que apetece perpetuamente; a esta opinión la favorece en gran medida lo que vemos en el caso de los endemoniados y de los linfáticos, en todos los cuales percibimos que por medio de imprecaciones o | 110 | de rezos píos se les hincha el cuello, se les colorea la cara, se les perturba la mirada, lo cual a duras penas puede ser voluntario y fingido, sobre todo en tantos seres humanos como se da, y principalmente en los que son rudos por su sexo y condición.

La tercera posibilidad es que el alma muera completamente, y después ella misma regrese, como hemos dicho y hemos demostrado. Ahora bien, de todas las maneras, es necesario que sea común el regreso de los mismos hombres infinitas veces; que nos ocurran las mismas cosas después de la muerte; que regresemos siendo los mismos que antes de morir; que cambien las costumbres, la fortuna y lo demás; y que a los desgraciados y honestos les toque una vida feliz, y a los ímprobos una infeliz.

Finalmente, es necesario que esos que han sido condenados fueran alguna vez hijos, y padres, y hermanos, y queridísimos, y que los que amas sean alguna vez golpeados por ti; y que las cosas justas y las injustas se mezclen equilibradamente, y se igualen, y se anulen en un determinado círculo. Y de todo esto has demostrado su necesidad.

CARDANO. ¡Cuán bellamente expresas lo que hemos dicho, y mucho mejor que como yo lo he dicho!

ALBUZZI. El segundo punto es que, en el caso de que pudiera ocurrir que nuestras almas no fueran de ninguna manera inmortales, no habrá diferencia alguna entre la vida y la muerte en aquellos que perecieron sin descendencia, o cuya estirpe se extingue finalmente, a no ser que quienes viven soportan el dolor de la muerte, y los muertos y los no nacidos no lo experimentan. A partir de lo cual se manifiesta cuán más que verdadero fue aquel dicho del Sileno (si es que lo dijo él), es decir, que lo óptimo es no haber nacido,<sup>83</sup> al menos para aquellos que mueren sin descendencia o cuya estirpe se extingue al final, pues como esta vida se reduce directamente a la nada, nada tiene más que el dolor de la muerte, de ahí que lo óptimo sea no nacer. Y esto que puede quizá parecerles a muchos bastante sorprendente es, sin embargo, | 112 | totalmente verdadero. Y a Cicerón y Alciato<sup>84</sup> (si hablamos de ellos) más les hubiera valido no nacer, y el que tuvieran tanta gloria es tal como si no hubiesen nacido, a no ser porque tuvieron una muerte más penosa por el hecho de que la estirpe de uno y otro en los únicos hijos que habían adoptado se extinguió. Lo demás que se refiere a la gloria, las riquezas, el poder, el nombre, incluso los propios libros, si el alma es mortal, ya no tiene para ellos una importancia crucial; y todas las cosas tras un cierto espacio de años se extinguen y se destruyen, espacio que, aunque a nosotros nos parezca bastante largo, sin embargo comparado con la eternidad que siempre persiste y que no podemos esquivar, nada es en absoluto. En cambio, en el caso de que supusiéramos que las almas son inmortales de cualquiera de esas tres maneras, el nacer es mejor sólo para aquellos que conducen su vida por el camino de la egregia virtud, y dejan una memoria perenne de sí mismos, puesto que así parecen vivir casi perpetuamente: verdaderamente mientras viven, por la vida misma, y en el intervalo por la gloria, especialmente si llegara hasta ellos algo de ella<sup>85</sup>. Entonces será de poca importancia la descendencia y la procreación, bien sea por las «auras graves»<sup>86</sup> y la educación, bien sea por aquella revolución y el regreso de cada uno a sí mismo, es decir, o bien porque de ti nacerá un hijo que en una ocasión te mató a ti mismo, o bien porque debe ser menor la preocupación de la perpetuidad en la estirpe

<sup>83</sup> Cfr. CICERÓN, *Discusiones tusculanas*, I, 48, 114; PLUTARCO, *Consolatio ad Apollonium*, 115, 2, 16. También cita esta misma referencia Cardano en el *De consolatione*, II (OO I, p. 602a).

<sup>84</sup> Se trata del celebradísimo jurista paisano de Cardano Andrea Alciato (1492-1550).

<sup>85</sup> Cfr. ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, I, 11, 1101b1-9.

<sup>86</sup> OVIDIO, *Metamorfosis*, VII, 558.

al ser nosotros mismos perpetuos, y todos seremos reyes y sabios, miserables y mendigos, y no una vez, sino infinitas veces.

El tercer punto se refiere a que, supuesta la mortalidad de las almas humanas, los que mueren sin descendencia, o aquellos cuya estirpe en algún momento se extingue, son muy parecidos a aquellos retoños secos que suelen ser cortados por los buenos campesinos en el tiempo en que purgan los árboles; los demás cuya abundante prole se mezcla con todo el género humano son semejantes a los retoños en las germinaciones de las plantas, o al agua en los ríos, ese agua que con el río tiende al mar. Ahora bien, es tanta la mezcla de los hombres, que incluso sus orígenes se pierden. Por esa razón, si pudiera ser que nuestras almas fueran mortales, habría que velar con suma diligencia por esa propagación de la |114| estirpe. En todo caso, como la mayoría no vela ni por esta propagación que resulta pertinente de cara a la inmortalidad, ni por la santidad de la vida que también tiene que ver con la inmortalidad, es claro que los hombres están completamente locos. Ahora bien, si para el que no procrea una descendencia es inútil y odiosa la vida, para el que la procrea es incierto si sobrevivirá, si será fatigoso alimentarla, y para los que tienen hermanos los hijos de éstos ocupan el lugar de los suyos propios. Por otro lado, según dices, a ese criado le sobreviven dos hermanos de sus dos progenitores; piensa que nada se ha perdido al completo, incluso es mucho mejor de esta manera para él y para los suyos. Hay muchas cosas que nos engañan a causa de los sentimientos, y esas cosas cada día nos confirman nuestros propios errores. Si se trata de una fábula, nos sirve de lección, si es historia, sirve de ejemplo: Paris nació para ruina de sus padres, hermanos y hermanas; como, a pesar de todo, nació, ¿cuáles fueron los votos de todos estos? ¿Cuál la alegría? Mantén esto como firme: nada mejor le pudo ocurrir a aquel pupilo tuyo, las cosas peores son infinitas, no sólo para ti, sino para él. Quien ejerce un comercio del que se genera una ganancia, debe precaverse lo más diligentemente posible de que no se le pierda algo al azar. Así pues, según he dicho, puesto que no puede haber nada mejor para el ser humano, como tampoco para aquel muchacho, ¿preferirías que hubiese sobrevivido para que fuese condenado y recibiera del verdugo la muerte, para que se consumiera en la cárcel, languidciera en su lecho, o provocara tu muerte, o la de alguno de los tuyos, de manera que al perder tarde a uno de los tuyos desearas su muerte? Hay muchos infortunios y adversidades, los talentos de los hombres fácilmente mutan, y especialmente los de los jóvenes y pobres, y los de los que están entregados a los placeres, a los cuales no negarás que aquél fue adicto. ¿Qué pasa si le hubiese ido bien a él, lo cual (como he dicho) era difícil, pero hubiese tenido la ocasión de sustraerle a aquel sastre algo de importancia? Los peligros acechan por todas partes: si es cauto, vendrán de él y serán menores; si es simple, vendrán de sus consejeros y serán mayores. Pero si no hay nada (como he demostrado) que sobreviva, no hay motivo para que te duelas.

El cuarto punto que hemos mostrado es que en nuestra vida abundan más y son mayores los males que los bienes; y los bienes no son advertidos, |116| pues descansan en la indolencia; y no hay ningún bien sin mal, mientras que hay muchos

males carentes de todo bien. Si comes, el hambre estuvo antes; de otra manera es desagradable lo que se come, sea lo que sea; no obstante, lo más frecuente es que te veas oprimido por el hambre y no puedas comer; si tienes dinero, es necesaria su custodia y te ves angustiado por esa inquietud; si no lo tienes, te atormentas, de tal manera que nadie parece nacido por su propia causa, sino por la de otros. En definitiva, vale más no existir. Hemos pasado revista, además, a las dificultades que se dan por todas partes y a las causas del dolor. Así que nada hay mejor que no nacer, o morir al instante mismo de nacer, si es que lo miramos desde el punto de vista de nuestra propia conveniencia. Por lo tanto, ¿qué hay en esa desgracia por lo que puedas dolerte?

CARDANO. Ciertamente has atenuado mi dolor; vencido estoy por las razones, aunque retengo un cierto sentimiento doloroso y, según pienso, es falaz. No lo veré más; tenía un fiel servidor; lo abandoné, a él que para unirse a mí dejó a todos los suyos; fui estúpido al preocuparme de él, e ingrato: ¿qué agradecimiento podría yo recabar de sus hermanos y de sus padres, si vivieran? No me conmueve el que muriera en el Xenodoquio, pues yo quisiera morir en el campo, ser enterrado en una sima: fácil gasto de sepulcro. Moisés, varón tan grande y tan prudente, no quiso saber nada de su sepulcro.

ALBUZZI. A todo esto oponle dos cosas: tus asiduos infortunios, que son como si hubiese una culpa que fuera sólo tuya; no es tuya, sino de aquellos que causaron en ti ese fastidio. El dinero dado al sastre te libera de la infamia, tu alma honesta y la conciencia te liberan completamente de la culpa. Otra cosa es la gloria del nombre del muchacho y las eternas adquisiciones para sus padres y hermanos por tus afanes y actividad; de lo contrario, si hubiese permanecido en su casa, por más que lograrse ser más rico que Crespo, hubiese sido desconocido. ¿Acaso es poca cosa confiar su nombre a la posteridad por estos monumentos tuyos perpetuos? Considero que, si el alma de aquél y las de sus padres entienden algo, como creo, se alegrarán de esta diligente historia tuya y esta recomendación de su nombre y del de su familia. Y no dudo de que tú, que incluso por causas menores habitúas a dejarlo todo por escrito, estos bellos descubrimientos | 118 | tuyos y mis bagatelas, mezclados a una, los vas a escribir y a embellecer, tal como sueles.

CARDANO. ¿Bagatelas? Por Júpiter, creo que nunca se pudo hablar mejor que Albuzzi en esta causa, y ojalá me esté permitido narrarlo de memoria según se ha dicho; no me atrevería yo a añadir nada, a no ser quizá estos pocos versos en alabanza del adolescente, los cuales servirán de adorno de su monumento:

Viniste joven, dulcísima preocupación de los tuyos, infeliz, para que siguieras nuestro camino. Ha sido extraída de ti la flecha a mí dirigida; no fue tu suerte, sino la mía, envidiosa, la que te arrebató. Me veía aniquilado por la muerte, por la patria y por los odios de los míos; mi propio hijo soportó ese dardo a mí dirigido. Erraron los de arriba: ¿qué de extrañamiento hay en que errara también

el Senado? Dos jóvenes inocentes perecieron de esa manera. La luz que me queda por ver, la vida que me queda por vivir se la deberé a ambos, y que sea así permitido un amor desigual. ¿Preguntáis de dónde ha nacido esta ira de los dioses contra mí? Creían haber abierto el destino del cielo.

ALBUZZI. ¡Oh santo! Pues bien hizo aquel Julio Escalígero<sup>87</sup>, aunque era declaradamente enemigo tuyo, en llamar a tu ingenio felicísimo, lo cual yo entonces no | 120 | creía, pero, según veo ahora estos versos fabricados improvisadamente, que no has gastado para ellos ni media horita, entiendo que de ti se puede decir verdaderamente aquella frase horaciana:

La Musa concedió a los griegos talento y un lenguaje armonioso.<sup>88</sup>

CARDANO. ¡Ay que eso es porque (según se suele decir) he perdido «el trabajo y el aceite»!<sup>89</sup>

ALBUZZI. ¿Cómo es eso?

CARDANO. ¿No he dicho que, aunque fueras Cicerón u Homero, nada importa, y esta vida es completamente inútil e inane, a menos que nuestras almas sean inmortales? En todo caso, es el amor que me profesas el que genera en ti esa opinión de mí, no la realidad misma.

ALBUZZI. Pero ya estoy óptimamente persuadido de que nuestras almas son inmortales, y con el género de inmortalidad mejor que se puede dar, es decir, que cada uno lo conocerá todo perfectamente, lo cual no dudo que es lo que tú crees y sabes. Y no ando en esto más engañado que en la opinión que de ti tengo.

<sup>87</sup> Giulio Cesare Scaligero (1484-1558), estudió medicina e historia natural en Bolonia y practicó la medicina en Agen. Pero lo que más conocido le hizo fue su faceta como humanista: escribió una violenta sátira contra el *Ciceronianus* de Erasmo (1531) y publicó la primera tentativa científica de una gramática latina, el *De causis linguae Latinae* (1540). Como buen conocedor de las obras botánicas de Teofrasto y Aristóteles polemizó contra el *De subtilitate* de Cardano en unas extensas *Exotericae exercitationes* (París, 1557) a las que contestó Cardano con la *In calumniatorem librorum de subtilitate actio* (Basilea, 1779: OO III, pp. 673 ss.)

<sup>88</sup> HORACIO, *Epístola a los Pisones*, 323.

<sup>89</sup> Cfr. CICERÓN, *Epístolas fam.*, VII, 1, 3, 8.